REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES FEBRERO 17 DE 1934 — No. 28



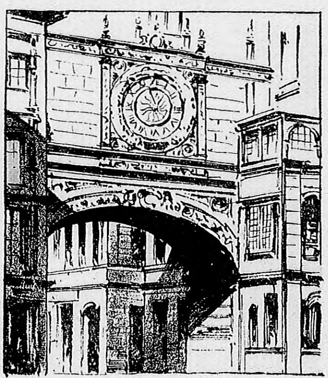

VISTO y OIDO ★ 545 años sin que llamen al relojero ★ por PREMIANI

LA REINA MENDIGA

La REINA INGLESA CABDURA ENVENENÓ a su MARIDO el REY y SE REFUGIÓ en FRANCIA, DONDE DERROCHÓ TODOS SUS TESOROS; fué GOBERNANTA de UNA ABADÍA, la EXPULSÓ por SU MALA CONDUCTA CARLOMAGNO y TERMINÓ PIDIENDO LIMOSNA en PAVÍA.—



Los INDIOS SE HACEN ESCUDOS con la PIEL del TAPIR, TAN DURA, QUE RESISTE a LAS FLECHAS.

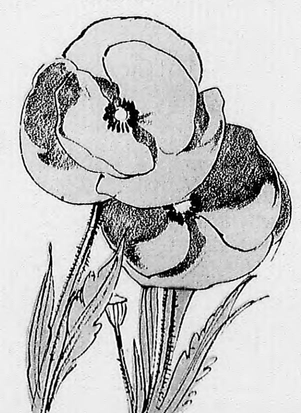


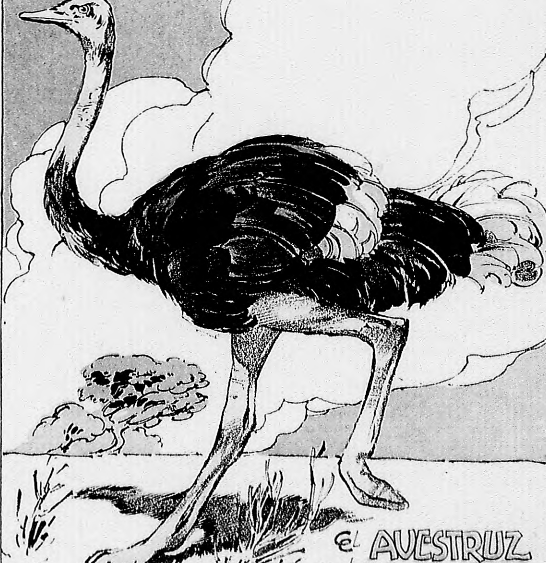
El RELOJ de la CATEDRAL de RUAN fué MONTADO en 1389 y HASTA la FECHA NO HA DEJADO DE ANDAR.



El VIOLÍN de SARASATE se CONSERVA, por VOLUNTAD TESTAMENTARIA de SU DUEÑO, en el CONSERVATORIO de MÚSICA de MADRID y TIENE ASIGNADO un VALOR de 20.000 PESOS ORO.

Las PLANTAS de FLORES ROJAS SON LAS QUE MEJOR RESISTEN la SECA.





El AVESTRUZ es el AVE MÁS GRANDE y LA QUE en PROPORCIÓN TIENE el CEREBRO MÁS CHICO.

EL CASO del DIFUNTO Mr. ELVESHAM

POR H. G. WELLS

Ilustraciones de Rechain

★

Mi intención, al escribir este relato, no es precisamente la de ser creído, sino la de evitar la caída de una próxima víctima. Sé que mi caso no tiene remedio y estoy casi resignado a contarlo. Mi nombre es Edward George Eden. Nací en Trentham, en Staffordshire, en cuyos jardines trabajaba mi padre. Perdí a mi madre cuando sólo contaba tres años de edad y a mi padre a los cinco. Mi tío George Eden, me adoptó como único hijo. Era un hombre soltero, cuya cultura se la debía a sí mismo y gozaba de cierta popularidad. Costeó generosamente mis estudios y siempre alentó mi ambición de abrirme camino en el mundo. Cuando falleció, hace ya cuatro años, me hizo heredero de toda su fortuna, que quedó reducida a quinientas libras, después de pagados los impuestos. Yo entonces tenía dieciocho años. En su testamento me aconsejaba que empleara ese dinero en completar mi educación. Yo ya había elegido la carrera de medicina y, gracias a su generosidad póstuma y a la buena fortuna que me asistió en un examen escolar, me encontré convertido en un estudiante de medicina del Colegio de la Universidad de Londres. En la época en que comienza este relato, yo me alojaba en un altillo muy pobremente amueblado y lleno de corrientes de aire, situado en la calle de la Universidad.

Un día, estaba por ir a lo del remendón de Tottenham Court Road, para que me compusiera unos botines. Esta fué la primera vez que encontré al hombrecito de la cara gastada, ese hombrecito que fué la causa de todas las inexplicables cosas que me vinieron sucediendo. Al abrir la puerta de calle ví que contemplaba, lleno de dudas, al número de la casa. Sus ojos, de un azul aguado y rojos en el borde, asumieron, al verme, una expresión de franca amabilidad.

No podía haber aparecido más a tiempo — me dijo —. Había olvidado el número de su casa. ¿Cómo le va, Mr. Eden?

Me quedé atónito ante la familiaridad de su trato: yo nunca lo había visto, antes. Me sentía un poco molesto, además, de que me hubiera sorprendido con los zapatos debajo del brazo.

—Usted se estará preguntando quién diablos soy yo, ¿eh? — me dijo, notando la poca cordialidad que yo demostraba —. Permítame asegurarle que soy un amigo. Yo lo he visto a Vd. antes, aunque Vd. no me haya visto a mí. ¿Dónde podríamos hablar?

Vacilé. No era necesario que cualquier extraño contemplara la pobreza de mi cuarto. — Quizá podríamos hablar mientras caminamos — dije.

Miró a todos lados. — ¿Qué calle elegiremos? — Yo aproveché para deslizar los botines en el pasillo. — ¡Vea! — agregó — Venga a almorzar conmigo, Mr. Eden. Yo soy muy viejo y, con el ruido del tráfico no voy a conseguir que Vd. oiga mi voz.

No sé porqué me sentí un poco incómodo ante la invitación. El adivinó mi pensamiento. — ¡Vamos! — exclamó —. Muéstrese cortés aunque sea por respeto a mis canas —. Consentí al fin y me alejé con él hacia el restaurant de Blavitiski. Después de un opíparo almuerzo, durante el que fracasaron todas mis preguntas, me recosté en la silla y pude examinarlo a gusto. Su cara afeitada estaba surcada de arrugas; sus ajados labios caían sobre las perfectas hileras de dientes postizos y su cabello, blanco ya, era muy fino y muy largo. Me dí cuenta de que él, a su vez, estaba haciendo un minucioso examen de mi aspecto.

—Y ahora — dijo por fin — voy a enterarle del porqué de mi interés hacia Vd. Debo decirle que soy muy, pero muy viejo y que soy dueño de una cuantiosa fortuna que no tengo a quién dejar. He estado cavilando acerca del mejor empleo que podría darle a mi dinero y he llegado a esta conclusión: Fijó los ojos en mi cara. — Trataré de encontrar un joven ambicioso, pobre, sano de cuerpo y de alma y le haré mi único heredero, de modo que pueda abandonar para siempre las preocupaciones de una situación económica estrecha y pueda dedicarse a disfrutar de la vida como mejor le plazca.

Traté de aparecer indiferente. — ¡Ah, ya veo! — dije hipócritamente —. Vd. desea que yo le ayude a buscar a esa persona.

Me miró, a través del humo de su cigarrillo, sonriendo comprensivo. — ¡Qué brillante carrera podrá hacer un hombre de sus condiciones! — exclamó. — Me lleno de envidia al pensar que otro disfrutará de todo el dinero que yo he acumulado. Pero — agregó — hay algunas condiciones que imponer, como Vd. imaginará. Por ejemplo: ese individuo deberá tomar mi nombre y debe, además, enterarme de todas las circunstancias de su vida antes de que yo lo acepte como heredero.

Esto enfrió un poco mi creciente entusiasmo. — ¿Y debo creer entonces, que yo... que yo... — dije.

—Sí. ¡Usted! — dijo, casi con brutalidad —. Usted. Usted.

No contesté una palabra. Mi imaginación se perdía en giros fantásticos y mi escepticismo fué inútil, esa vez, para aplacar sus transportes. Sin embargo, no me sentía agradecido en lo más mínimo. No sabía qué decir ni cómo decirlo. — Pero, ¿porqué yo en particular? — pregunté, por fin. Me explicó que el profesor Haslar, había hablado de mí como de un hombre sano y fuerte y su propio deseo era el de dejar su dinero a una persona de estas condiciones.

Allí terminó el primer encuentro que tuve con el hombrecito. Guardó gran reserva acerca de su persona: no podía dar su nombre aún. Después de dos o tres frases más, se despidió y me dejó en la puerta del Blavitiski. Su insistencia sobre la salud del posible heredero me resultaba curiosa e inexplicable. De acuerdo al arreglo que habíamos hecho, tuve que presentarme, al día siguiente a la Loyal Insurance Company, a asegurar mi vida en una considerable suma y quedé completamente exhausto después de los continuos exámenes a que me sometieron los médicos de la compañía. Sin embargo, el hombrecito no quedó satisfecho con esto y exigió que me reexaminara el gran doctor Henderson.

Pasaron varios días sin que viera al anciano. Por fin, una noche, a eso de las nueve, se presentó en mi casa. Parecía más encorvado que cuando lo conocí y sus mejillas se habían hundido aún un poco más. Su voz temblaba cuando habló:

—Estuve con el doctor Henderson. El examen ha resultado satisfactorio. Todo ha sido enteramente satisfactorio. Y esta noche de todas las noches, Vd. cenará conmigo y celebraremos su... — fué interrumpido por la tos — Vd. no tendrá que esperar mucho, por otra parte — añadió enjugando sus labios con el pañuelo y apretando mi mano con su garra larga y huesuda —. Ciertamente, no tendrá que esperar mucho —. Salimos a la calle y tomamos un coche. Durante el viaje me confió su identidad. Era nada menos que Egbert Elvesham, el gran filósofo, cuyo nombre aprendí a conocer cuando cursaba los primeros grados de la escuela primaria. Nunca creí que los filósofos fueran ricos. Entramos a un restaurant lujosísimo. Recuerdo que me sentí muy infeliz al notar las miradas que los bien vestidos camareros dirigían a mis ropas gastadas. Pero pronto renació mi confianza al sentir el calor que el champagne desparramaba por mis venas. El filósofo me observaba mientras yo bebía y comía y en su expresión había algo de envidia. — ¡Cuánta vida hay en Vd.! — exclamó, y luego, con un suspiro, un suspiro que pareció de alivio, agregó: — No habrá que esperar mucho.

El mozo se acercó trayendo licores. El anciano pidió Kummel y concentró toda su atención en un paquetito que había sacado del bolsillo. Luego lo abrió con sus temblorosos dedos y me mostró el contenido que consistía en un polvillo rosado. — Ponga un poquito de este polvo en su Kummel y verá como mejora el gusto — dijo. Sus ojos observaban los míos con una inescrutable expresión. Al principio me chocó un poco que el profesor utilizara su sabiduría para mejorar el gusto de los licores. Pero luego me encogí de hombros e hice como me había indicado. Después le pasé el resto que quedaba en el paquetito y él lo derramó en su vaso. Luego, levantándose y haciendo que yo lo imitara extendió su vaso hacia el mío, y mirándome con expresión extraña.

—¡Brindemos por una larga vida! — sugerí.

El vaciló. — Bueno, por una larga vida — dijo medio ahogado por una súbita carcajada. Sus ojos estaban fijos en los míos, vigilándome mientras yo llevaba el vaso a los labios. Cuando terminé de beber el contenido, experimenté una intensa, curiosísima sensación. Todos mis pensamientos comenzaron a bailar en alocada danza y la cabeza me dolía horriblemente. Fragmentos de cosas semiolvidadas acudían a mi mente y luego desaparecían. No noté el gusto del licor, ni el aroma: solamente veía la intensidad de la mirada del profesor: tenía la impresión de que sus ojos quemaban los míos. Por fin rompió el encanto. Con un fuerte suspiro apoyó el vaso sobre la mesa.

—¿Y bien? — preguntó.

—¡Oh, es delicioso! — exclamé, aunque no me había dado cuenta del sabor del líquido. Sentía unas terribles punzadas en la cabeza. Tuve que sentarme. Mi cerebro se había convertido en un caos. Sin embargo, parecía que mi poder de percepción se había acrecentado. Podía ver las cosas distintas, precisas, claras. Noté que las maneras del anciano se habían tornado nerviosas, apresuradas. Sacó su reloj y le dirigió una mirada ansiosa — ¡Once y diez! — exclamó —. Y esta noche tengo que... ¡Once y veinticinco en Waterloo! Tengo que irme en seguida. Minutos más tarde nos estábamos despidiendo: él en el interior de un coche y yo afuera, experimentando aún esa absurda sensación de... ¿Cómo expresarlo? de estar mirando a través de unos gemelos de teatro invertidos.

—No debiera haberle dado a beber eso — dijo de pronto el hombrecito. —. Le va a producir un gran dolor de cabeza, mañana. Pero, espere un momento... ¡Aquí está! — Me extendió un paquetito chato —. Tómelo con agua, pero, tenga cuidado, no debe tomarlo hasta que esté listo para acostarse. Eso le va a despejar la mente. Bueno. Otro apretón de manos. ¡Prosperidad! —. Estreché su garra arrugada. — ¡Adiós! — dijo, y al ver la mirada triste y vaga que me dirigió, creí que también él estaba bajo la influencia de la extraña bebida. De pronto, con un sobresalto recordó algo y hurgando en sus bolsillos sacó otro paquete, esta vez de la forma y tamaño de un jabón para afeitar. Estaba sellado de los dos lados. — ¡Casi me olvido! — dijo —. No lo abra hasta que yo venga mañana, pero tómelo ahora —. Lo tomé. Era muy pesado. — ¡Muy bien! — dije, mientras el coche se alejaba —. Si esto no contiene dinero, debe contener por lo menos, platino o plomo. Lo guardé cuidadosamente en mi bolsillo y eché a andar hacia mi hospedaje. Recuerdo vívidamente las sensaciones que experimenté en mi regreso a casa. Mientras subía por Regent Street estaba extrañamente persuadido de que esa era la estación Waterloo. Luego me froté los ojos y la calle volvió a ser Regent Street. En ese momento me asaltaron varias reminiscencias fantásticas. Es aquí — pensé — donde hace treinta años peleé con mi hermano. De pronto me eché a reír. Yo no existía hace treinta años y nunca tuve un hermano. Seguramente la rara bebida sería locura líquida, pues me sentí triste por la pérdida del hermano de marras. Al llegar a Portland Road, la locura asumió otras características. Allí comencé a recordar negocios desaparecidos y a comparar el aspecto actual de la calle con el que presentaba antiguamente. Pasó un ómnibus y el ruido de sus ruedas era exactamente el que produciría un tren. Luego me detuve ante lo de Stevens, el naturalista, esforzándome inútilmente en recordar qué tendría que ver él conmigo. ¡Pero es claro! — dije al rato —. Stevens me prometió tres ranas para mañana. ¡Qué raro que lo hubiera olvidado!

Con mucho esfuerzo pude llegar hasta mi casa. Mientras me dirigía hacia mi cuarto, traté de aquietar mi mente recordando los detalles de la cena y, juro por mi vida que no pude evocar la figura de mi anfitrión: lo veía solamente como a una sombra confusa; pero en su lugar, tuve una completa visión exterior de mí mismo, sentado a la mesa, arrebatado, con los ojos brillantes y charlando aturdidamente. Tengo que tomar esos polvos — pensé — esto se está poniendo imposible.

Busqué los fósforos y el candelabro justamente en el lado opuesto al que acostumbraban a estar y no sabía bién si mi cuarto estaba a la izquierda o a la derecha. Estoy bebido — me dije — tambaleando innecesariamente para apoyar la afirmación.

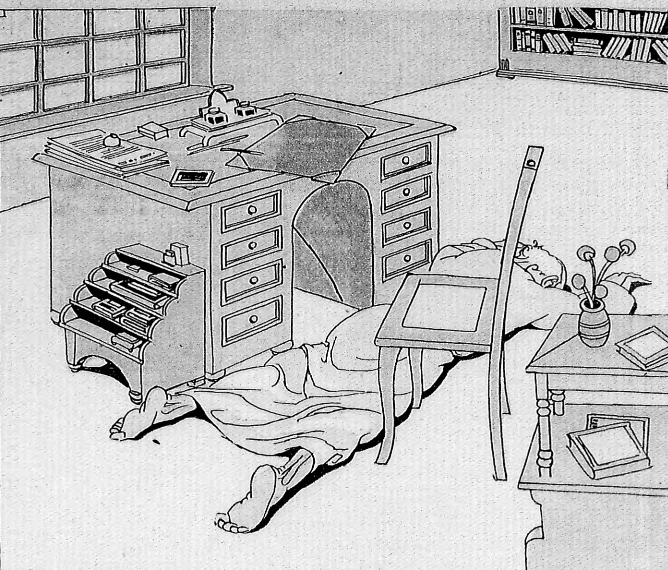
Mi cuarto me pareció completamente desconocido a la primera mirada. Sin embargo, allí estaban: mi viejo espejo y mi ropa de todos los días, desordenada sobre el piso. Pero no obstante, el cuarto no parecía el mismo. Puse el pesado paquetito sobre el toilette y, sentándome en la cama, comencé a sacarme los botines. Medio desvestido ya, derramé el polvo dentro del vaso con agua y lo tomé. Mi mente se tranquilizó de inmediato y me acosté. Desperté sobresaltado, de entre un sueño poblado de pesadillas. Sentí un gusto extraño en la boca y una laxitud agobiadora en todo el cuerpo. El cuarto estaba casi entre tinieblas; al principio no pude distinguir nada y permanecí un rato incorporado, tratando de acostumbrar mi vista a la oscuridad. Entonces comencé a percibir algo raro en las formas oscuras de los muebles. ¿Había cambiado de lugar la cama? Enfrente de ella debían de estar los estantes con libros: pero en su lugar se levantaba algo pálido, algo que no se parecía a una estantería. Y era demasiado grande para que yo creyera que se trataba de mi camisa abandonada en la silla. Lleno de infantil temor arrojé a un lado las cobijas y quise poner un pie fuera de la cama. En lugar de saltar de ella al suelo, como de costumbre, me encontré con que mi pie sólo llegaba hasta el borde del colchón. Di otro paso (por decirlo así) y me senté al borde de la cama. Allí a mi lado, encontraría el candelabro y los fósforos, sobre una silla rota. Extendí el brazo para procurármelos; pero quedó agitándose en el aire. No había nada. Al retirar el brazo tropecé con una pesada colgadura, blanda al contacto y tire de ella: parecía ser el dosel de la cama. Yo ya estaba completamente despierto y comencé a comprender que me hallaba en una habitación extraña. No me imaginaba cómo había entrado allí. Por otra parte, ya había aclarado un poco y pude distinguir un gran toilette contra la ventana. Parecía estar hecho de alguna madera finamente pulida. Había varios objetos sobre él, entre ellos uno que tenía la forma de una herradura pequeña y despedía algunos reflejos. Estaba apoyado cuidadosamente sobre un platillo. No pude encontrar ni fósforos ni candelero. De nuevo paseé la vista por el cuarto. Desmayados aspectos de moblaje aparecían de entre la penumbra. La cama, muy grande estaba adornada con colgaduras. Más allá se veía una chimenea que parecaí de mármol. Recostándome contra el toilette cerré y abrí varias veces los ojos, tratando de pensar. Todo era demasiado real para creerlo sueño. Llegué a imaginarme que había heredado la fortuna de Mr. Elvesham y que esta emocionante circunstancia me había producido una pasajera pérdida de memoria. Quizá esperando un poco, las cosas resultarían de nueov claras para mí. Sin embargo, la cena de la noche anterior estaba aun fresca en mi memoria. El champagne, las miradas de los mozos y los licores — hubiera jurado que todo eso había sucedido pocas horas antes. Y entonces ocurrió algo tan trivial y, al mismo tiempo, tan terrible, que todavía me estremezco al recordarlo: hablé en voz alta, diciendo. ¿Cómo diablos habré entrado aquí?... Y la voz no era la mía... No era la mía: era cascada, vieja, débil y para darme coraje toqué una de mis manos y palpé sólo pliegues de piel flácida y saliencias óseas. Seguramente — dije con esa horrible voz que se había establecido en mi garganta — seguramente esto es un sueño. Casi inmediatamente llevé los dedos a la boca... mis dientes habían desaparecido. Sólo encontré encías arrugadas. Sentí entonces un desesperado deseo de verme a mí mismo para conocer de una vez, en todo su horror, el espantoso cambio que había sufrido. Fuí hacia la estufa, en busca de fósforos. Al hacerlo, me acometió un acceso de tos y apreté el grueso camisón de franela contra mi cuerpo. No encontré fósforos y noté que mis extremidades estaban muy frías. Estornudando y tosiendo, me volví a la cama, repitiéndome que todo eso era un sueño y que pronto despertaría joven y fuerte como antes. Cerré los ojos y respiré profundamente, esperando dormir. Pero no pude. Estaba cada vez más convencido de que el cambio operado en mí era real. Yo era de verdad, súbitamente, un hombre viejo. En alguna forma inexplicable había pegado un salto de la juventud a la ancianidad y me hallaba privado de lo mejor de mi vida, del amor, de la lucha, de la fuerza, de la esperanza. Por último, reconociendo que todo esfuerzo por dormir sería inútil, me incorporé en el lecho. Por la ventana se filtraba la claridad del amanecer. Una caja de fósforos apoyada en una repisa, se hizo visible. Salté de la cama, me apoderé de ellos y encendí la vela. Temblando la acerqué al espejo... y ví ¡la cara de Elvesham! El hecho de que yo casi esperara esto no disminuyó el indescriptible terror que se apoderó de mí. Siempre me pareció Elvesham un viejecito físicamente débil y lastimoso: pero al verlo ahora vestido en un grueso camisón de franela que dejaba al descubierto el descarnado cuello, no puedo describir lo desolador de su decrepitud. Las mejillas hundidas, los ralos mechones de sucio cabello blanco, los temblorosos labios y esas horribles encías... Vosotros, cuyas mentes van envejeciendo a la par de vuestros cuerpos, no podéis imaginaros lo terrible que era para mí, mentalmente joven, estar aprisionado en esa vacilante ruina de cuerpo humano. Se me ocurrió pensar que, desde el momento en que yo estaba en Elvesham, él habría tomado posesión de mi cuerpo, de mis fuerzas, de mi futuro. Pero, ¿cómo probarlo? ¿Era yo realmente Elvesham y él yo? ¿Existía alguno que se llamara Eden? Pero si yo era Elvesham, debiera recordar el nombre del pueblo en el que vivía y lo que había sucedido antes de que comenzara el sueño. ¡Esto es locura! — grité con la odiosa voz.

Desesperado metí la cabeza en una palangana llena de agua fría y luego me sequé y probé otra vez. Fué inútil. Yo sentía, fuera de toda duda, que era Eden, no Elvesham; pero Eden en el cuerpo de Elvesham. Comencé a vestirme ansiosamente con las ropas que recogí del piso y sólo cuando terminé la tarea me dí cuenta de que me había puesto un traje de etiqueta. Abrí el guardarropa y encontré algunos antiguos trajes más ordinarios. Me vestí con uno de ellos y entonces con paso vacilante, me dirigí hacia el pasillo. Serían más o menos las seis menos cuarto. La casa estaba silenciosa y con todos los postigos cerrados aún. El pasillo era muy espacioso. Una ancha y alfombrada escalera descendía hasta el lujoso living-room y delante de mí había una puerta entreabierta que permitía ver un escritorio, una biblioteca giratoria, la espalda de mi sillón y una gran colección de libros ordenados cuidadosamente. Mi Estudio — murmuré y al sonido de mi voz me asaltó cierto pensamiento. Volví al dormitorio y me puse la dentadura postiza, con gran facilidad. Así es mejor — dije — y volví al estudio.

Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave y la cortina superior también. No vi ninguna indicación acerca de las llaves y no encontré, tampoco, ninguna en los bolsillos de mis pantalones. Otra vez fui al dormitorio y registré cuanta ropa hallé. No había llaves, ni monedas, ni papeles, a excepción de la lista del restaurant de la noche anterior. Me senté, contemplando las ropas sembradas aquí y allá con los bolsillos vueltos hacia afuera. La inteligencia de los planes de mi enemigo, mo parecía cada vez mayor y comencé a comprender lo desesperante de mi situación. Con un esfuerzo me levanté y me dirigí de nuevo al estudio. En la escalera había una doncella ocupada en abrir los postigos. Se sobresaltó al ver mi expresión. Cerré la puerta detrás de mí y, enarbolando un atizador la emprendí a golpes contra el escritorio. Así me encontraron los sirvientes. La cubierta del escritorio quedó llena de rajaduras, la cerradura aplastada y las cartas diseminadas sobre la alfombra. En medio de mi senil furor, había destrozado todos los objetos que encontré a mi paso. No encontré ni talonario de cheques, ni dinero, ni la más pequeña indicación de como debería proceder para recobrar mi cuerpo. Esta es la historia de mi transformación. Nadie me creerá. Me tratan como a un demente y como a tal me tienen bajo vigilancia estrecha. Pero yo soy cuerdo, absolutamente cuerdo. Soy un hombre joven encerrado en un cuerpo viejo. Naturalmente que parezco loco a los que no me creen. Naturalmente que no sé los nombres de mis secretarios y de los doctores que vienen a verme así como tampoco los de los sirvientes ni los de los vecinos ni el del pueblo en que me encuentro. Naturalmente que lloro y grito y tengo paroxismos de desesperación. No tengo ni dinero ni talonario de cheques. El banco no reconocerá mi firma pues, aunque mis músculos están débiles, mi letra es aún la de Eden. Además, parece que en este pueblo no hay banco y que tengo cuenta en alguno de Londres. ¡Oh, dos días antes yo era un joven lleno de salud, con toda una vida por delante! Ahora soy un viejo furioso, desesperado, infeliz, temido y evitado por todo el mundo. Y en Londres estará Elvesham, comenzando otra vez la vida en el cuerpo vigoroso que me ha robado. No comprendo bien qué es lo que ha sucedido. Hay en el estudio muchos volúmenes que se refieren principalmente a la psicología del recuerdo y otros que contienen cifras y cálculos en forma de raros signos que nada significan para mí. Yo creo que él ha transferido a mi cerebro toda la acumulación de recuerdos que contenía su mente gastada y vice-versa. Pero el medio por el cual ha sido hecho ese cambio, está fuera de mi comprensión.

Estoy por realizar mi último y desesperado intento. Esta mañana, con el auxilio de un cuchillo que pude sustraer durante el desayuno, conseguí forzar la cerradura de un cajoncito secreto de este escritorio. No descubrí nada, a excepción de un frasquito de vidrio verde en cuyo rótulo estaba escrita esta sola palabra: Liberación. Debe contener, probablemente, veneno. Si no hubiera estado tan cuidadosamente escondido, hubiera creído que Elvesham lo había puesto a mi alcance para desembarazarse del único testigo que podría haber en su contra. Ahora el vivirá en mi cuerpo hasta que éste envejezca y luego, dejándolo a un lado, se apoderará de la juventud y de la fuerza de otra víctima. ¿Desde cuándo viene saltando de un cuerpo a otro? Pero estoy cansado de escribir. Parece que el polvo se disuelve en el agua... y el gusto no es desagradable.

Aquí termina el relato que se encontró sobre el escritorio de Mr. Elvesham. Su cadáver fué hallado entre el escritorio y la silla. La historia estaba escrita con lápiz y la escritura se diferenciaba radicalmente de la de Mr. Elvesham. Indiscutiblemente, existió alguna conexión entre Eden y Elvesham, pues la propiedad del último había sido transferida al joven, aunque éste nunca heredó. Cuando Elvesham se suicidó, Eden, ¡cosa extraña! ya estaba muerto. Veinticuatro horas antes, en la intersección de Gower Street y Euston Road, fué atropellado por un coche, lo que le produjo la muerte instantánea. De modo que el único ser humano que podría haber arrojado luz sobre este fantástico relato, está fuera del alcance de cualquier pregunta. Sin otro comentario, abandono este extraordinario caso al juicio del lector.



Viñoleana

Hay mujeres tan recatadas, que el único vestigio que conservan de su feminidad, es el amor a los gatos.

★

Es conveniente que nos pongamos a examinar el pensamiento que tienen escrito en la contratapa nuestros aduladores.

★

La palabra "amen" en los "Tedéums", es la única que regocija de verdad, porque todos creen que ya termina.

★

Los ferreteros son los seres beneficiados en caso de muerte, porque pueden presentarse en el infierno, forrados de amianto.

★

Solamente en alcohol se puede conservar cerca, el corazón de los miembros de familia.

Tan aplastada está la moral de los hombres en nuestro siglo, que apenas les queda fuerza para leer los avisos que están a la altura del zócalo.

★

La vejez es una vida que se ha trancado en la canaleta del invierno.

★

¡Al confeccionar Dios, la planta de aceitunas, habrá imaginado que andando el tiempo el aceite de Oliva, sería extraído del maní...?

★

El "taxímetro" es el único instrumento que se interesa de verdad, por nuestras andanzas.

★

Para los que tenemos de calendario la eternidad, no nos hace falta fin de mes. Ahora yo no sé si el dueño de casa piensa lo mismo.

★ Por Omar Viñole ★

★ Secretos del Hundin



EL 30 de abril de 1915, el comandante superior de la flotilla alemana que tenía su base en Emden, recibió la orden siguiente: "Transportes de tropas británicas van a salir de Liverpool, del canal de Bristol, y de Darmouth. El U-20 y el U-27 partirán inmediatamente para atacarlos"... En seguida partieron los submarinos designados. El U-20 estaba comandado por el teniente de navío Schwiever, uno de los mejores técnicos de la marina imperial. A toda marcha el U-20 alcanzó su puesto de vigilancia. Después de haber hecho la vuelta de Escocia forzando el bloqueo inglés, llegó delante de Liverpool y comenzó su obra de muerte, dejando sobre su estela los cadáveres de los navíos torpedeados.

El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el Jade y el Weser, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrun, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schwiever que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

Pero al margen de una Alemania trastornada por un delirio imposible de imaginar, la Europa gruñía su cólera. América levantaba su voz en nombre de la civilización y el derecho. Al otro lado del Atlántico la opinión había sido ya conquistada a favor de la guerra contra los Hunos. Los muertos del Lusitania, los 1198 cadaveres errantes entre dos aguas, se tornaban un símbolo. La imaginación popular los mostraba emergiendo de las olas, con la boca crispada en un grito final de desesperación, del cual se hacía un llamado a la venganza.

Hoy, quince años después del último tiro de cañón, los muertos no tienen más voz. Es un sobreviviente, el teniente de navío Ludwig von L., que me ha abierto los ojos sobre el caso del Lusitania. Ludwig von L. fué durante la guerra uno de los más trágicos piratas de la marina imperial alemana. Ahora que él ha comprendido que nuestra civilización no era más que un fracaso, ha renegado de todo y vive en una emocionante soledad en Africa. Es sin odio que me ha hablado. Está al margen del mundo. Al margen y por encima.

He investigado. Me he remontado a las fuentes que von L. me indicó. Sus revelaciones eran luminosas de verdad. Yo las libro al público sin pasión, colocándome por encima de fronteras y pabellones.

1915. La flota británica, "the great fleet", está de reserva en Scapa-Flow. Está en actitud de espera. Solamente las unidades ligeras cruzan el mar del Norte y la Mancha, volviendo cada vez más despiadado el bloqueo que va a provocar el hambre en Alemania. En la prensa, desde hace tiempo, la nueva ha estallado como un jubiloso fuego de artificio: la gran flota va a "forzar las ratas en su agujero"... Las "ratas" son los navíos alemanes. Pero las ratas tienen la piel dura... Lo han probado en el Pacífico, con Karl von Müller. Lo han probado en Coronel, donde el almirante von Spee ha aplastado la escuadra de Sir Cristopher Craddock. Lo probarán en Skagerrak. También la gran flota permance al acecho. No ofrece combate. Es este el mejor método para evitar la derrota. La herida recibida en Coronel continúa sangrando. Pero el hambre comienza a apoderarse de Alemania. El hambre que excusa y legitima todo. Es necesario forzar el bloqueo. El 4 de febrero, Berlín lanza al mundo esta proclama:

"A partir del 8 de febrero de 1915, todo navío de comercio enemigo encontrado en las aguas que rodean Irlanda y la Gran Bretaña será destruído, sin que pueda ser siempre posible sustraer a las tripulaciones y pasajeros de los peligros a que se verán expuestos..."

Los aliados están advertidos. Un plazo de cuatro días les ha sido otorgado para ordenar a sus navíos de comercio que se refugien en el puerto más próximo o para parar el ataque. Pero es necesario, a cualquier precio, crear una atmósfera de confianza y de risa a la amenaza alemana. Esto es fácil, ya que teóricamente la gran flota está allí, con sus cruceros de batalla.

Sin embargo el 18 de febrero los submarinos alemanes parten de caza. El primer torpedo que destroza un navío explota en ese descuido. . Otros le siguen. Por docenas, navíos que han partido de viaje no regresan. Bien pronto ningún esfuerzo es lo bastante espeso para ahogar las quejas de los naufragados. Y más fuertes, más escuchadas también, se oyen las de los armadores, navieros y aseguradores, a quienes la ruina amenaza. Entonces los aliados se indignan y pronuncian la palabra piratería...

¿Piratería? En tiempo de guerra esta palabra es descolorida. Se hace la guerra o no se hace. Los submarinos alemanes la hacen en blok. Cada orden que los lanza al mar es una condena de muerte. Detrás de ellos está toda Alemania, a la que el hambre amenaza. Es necesario abrir un hueco en el bloqueo. Es necesario golpear a Inglaterra como Inglaterra golpea a Alemania: en el estómago. En cuanto los pequeños "babies" de Kensington tengan las mejillas terrosas de los niños de Alemania, la partida estará igualada. Y los torpedos sangran en seco el comercio británico, provocan debacles en la Bolsa, quiebras en las compañías de seguros.

Bien pronto los muertos pasan a segundo plano. Inglaterra siente que su oro se va y junto con su oro su crédito. Todo lo que navega bajo el pabellón británico está condenado a irse al fondo del mar. Los armadores y aseguradores norteamericanos ya no quieren saber de nada. Es preciso forzarles la voluntad. Es preciso obligarles a creer que la guerra submarina no es nada, que las rutas marinas son seguras, que Falkland ha hecho olvidar el desastre de Coronel.

Esta confianza que los torpedos han destrozado en Europa, es preciso crearla en América.

El "Intelligence Service" entra en escena con sus mejores agentes. Se desliza por todas partes, hasta el "Servicio Secreto" de Wáshington, que organiza y dirige a veces en previsión de la entrada a la guerra de los Estados Unidos. La prensa comienza su trabajo de zapa. Los ciudadanos americanos se dejan convencer poco a poco. Por otra parte hay en América proveedores poderosos que ven sus mercaderías pudrirse en los muelles, delante de los barcos que el miedo retiene. Son esos mismos negociantes que más tarde, comprendiendo que las demandas se hacen raras y que sería más lucrativo el equipar un nuevo ejército para echar abajo los obuses, decidirán la entrada a la guerra de los Estados Unidos. Y llega la hora de dar un gran golpe de efecto...

El Lusitania está en rada. Este paquete es el orgullo de la marina mercante de la Gran Bretaña. Es nuevo aún y ha sido concebido de tal manera que de la mañana a la noche puede ser convertido en crucero auxiliar. El 12 de agosto de 1914, el Almirantazgo lo ha requisado para prepararlo a desempeñar su rol de navío de guerra. Pero mientras tanto, el Almirantazgo ha podido aprovechar la experiencia tentada por Alemania para armar sus buques mercantes. El Lusitania, gran consumidor de carbón, blanco notable, no es capaz de volverse corsario. El "Kaiser Wilhelm der Grosse" ha fracasado. Así que el Almirantazgo británico ha renunciado a su proyecto. El 11 de setiembre de 1914 el Lusitania fué devuelto a su primitivo destino. Es por esto que el paquete está en New York, en los primeros días de mayo, listo a zarpar para Inglaterra.

POR
Jean Feuga

★

Una fuerte y desgraciadamente inteligente campaña de prensa ha empujado a bordo a los pasajeros. El yanqui cien por cien, ¿vacilará en embarcarse en un paquebot de 31.000 toneladas, capaz de recibir varios torpedos sin hundirse? El Lusitania anda a 24 nudos. Los piratas alemanes no hacen más que 12. El Lusitania está superiormente equipado. Todo esto lo proclaman los diarios. Lo que olvidan decir es que a bordo hay también algunos millares de cajas de municiones. M. Dudley Field Malone, controlador del puerto de New York en el momento de la partida del Lusitania, afirma en su informe de 1915 que el paquete llevaba más de 10.000 kilos de pólvora.

Algunos iniciados manifestaban sus dudas. Y mientras que los pasajeros afluían sobre los muelles de New York, los propósitos más extraños se multiplicaban. Contra esta campaña de desaliento, el servicio secreto inglés reaccionó, como sólo él sabe hacerlo. Hay varias maneras de tapar las bocas: el dinero, las amenazas, los internamientos. Ninguno es descuidado. A pesar de las precauciones tomadas, ciertos pasajeros no esconden su aprehensión. Para tranquilizarlos Inglaterra promete hacer escoltar el barco por navíos de guerra. Esta promesa vuelve a serenar los espíritus. El Lusitania zarpa. Lleva hacia Europa 440 mujeres, 129 niños, 688 hombres. Con la tripulación esto hace un total de 1959 personas. 1959 condenados a muerte...

Afuera de las aguas territoriales americanas el Océano está vacío. Los navíos de guerra ingleses no están allí. Sin embargo a los proveedores, a los navíos cuyos flancos están pesados de municiones o provisiones, a los barcos cuya carga vale millares de libras, se les acuerda escolta. El Lusitania no transporta más que hombres. La sangre no ha pesado jamás tan fuerte en ciertas conciencias. El Lusitania prosigue solo su ruta. Pasan días y noches. Los pasajeros bailan sobre un volcán que ignoran: diez toneladas de pólvora. La zona de guerra, el mar de Irlanda donde cruzan los submarinos alemanes, se aproxima. El Lusitania la alcanza de un golpe de timón.

Desde ese momento su comandante debe atenerse a las órdenes que todos los navíos han recibido: "mantener la mayor velocidad. Navegar en zig-zag, doblar los puestos de vigilancia, preparar los pasajeros y el equipaje a abandonar el barco".

Hasta ese momento no se ha procedido a ninguno de los ejercicios que son reglamentarios, aun en tiempo de paz. Los pasajeros ignoran las canoas en que deberán refugiarse en caso de accidente.

z
ta
Si
tán
and
tar
más
cibir

¿To
dida jo
por orde
despreocu
quete hac
mente, com
Gran Estado
ra letra muer

Sólo que el
niente de navío

Nuevas Aventuras del Cap







RESBALONES









ARREPENTIMIENTO

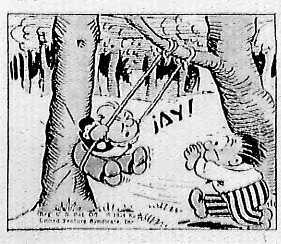




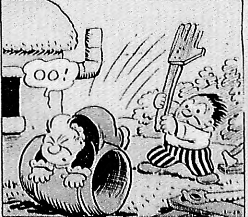




NO MIENTE NUNCA









voluminosa
ro que acu-
te, diciendo:
la tarde —

si aquel pasa-

éjico...
e la autoridad ¿Qué

nte Schopenhauer. Ven-
, al grande, al verdadero

jos azorados.

nte la cabeza, silabeó las inmor-

Ha visto a Moisés... Usted va a

estupefacto el filósofo. ¿Para qué?

. Allí le van a explicar. ¿En qué tra-

bre fulguró en los ojos del pensador.
—repitió come el griego antiguo —soy Arturo

unto er qué "labura", insistió la bestia uniformada.
ez, Schopenhauer no entendió. El agente agregó:
—Voy a "palparlo" de armas.

Y se puso a manosearlo con ese cinismo que es patrimonio de ciertas mujeres y de la policía.

que
optimista,
una humanidad mejor, "mensa-
. Y el autor de "La sabiduría en la
s entre los insobornables cabellos,
minada como la de un niño, vislum-
subconsciente, la posibilidad cierta
ca que separa el talento del genio.

★

ormir!
osa, involucionada, hurtó al filósofo de
o así de golpe, brutalmente, a su mundo,
irando al polizonte que tenía delante, con
ausente de quien no comprende bien.
y destemplada, prosiguió:
los?



Pero Schopenhauer no estaba para bromas. En un segundo olvidó todos los sistemas filosóficos, incluso los por él formulados. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué absurdo payaso osaba poner sus manos sobre él, indagar su anatomía, rebuscar en su hopalanda repleta de papeles, como si él, Arturo Schopenhauer, fuese una cosa muerta en una mesa de anfiteatro?

—¡Perro inmundo!, gritó enceguecido. Voy a enseñarte a respetar la filosofía y sus representantes.

Y asiendo al policía por el cuello lo sacudió vigorosamente. Este se desprendió como pudo, tocó el pito, que sonó como la trompa de Rolando en Roncesvalles, y, abrazado de nuevo por sir Arturo, ambos rodaron por el suelo, forcejeando como energúmenos, sin que ninguno de los dos pareciera tener la más mínima idea de la táctica del luchador. Schopenhauer logró apoderarse del bastón del aterrorizado agente, y lo vapuleó vigorosamente, hasta que la intervención de otros policías, atraídos por la angustiosa pitada, puso fin a la jocosa contienda.

Tanto el filósofo como su contrincante, sucios, arañados, jadeantes, ofrecían un aspecto verdaderamente grotesco y lamentable. ¿Quién hubiera podido reconocer al penegirista de la piedad en aquel hombre enfurecido, que se debatía esposado, con los ojos inyectados en sangre y que obsequiaba al descangallado agente con los más indiscretos calificativos de la lengua germana?

¡Infeliz Schopenhauer! He ahí los inconvenientes del incógnito: ¡verse conducido como un temible delincuente, él, el ilustre filósofo, entre dos policías de refresco, un cabo que cerraba la marcha y doce o quince trasnochadores viciosos que gozaban en el gratuito espectáculo! ¡Para esto, para bracear como un golfo con un policía indecente, se había alejado de su ordenada Alemania, de su solícita ama de llaves, del rubio vino del Rhin!...

....

—Y ahora los títulos — monologó el periodista mal informado, secándose la frente sudorosa. ¡Qué bomba!

Escribió: UN GRAN FILOSOFO EN DESGRACIA. SCHOPENHAUER ESTA PRESO EN BUENOS AIRES. URGE UNA AMPLIA INVESTIGACION.

Así intitulada su "noticia bomba", voló hacia CRITICA. No eran todavía las siete de la mañana cuando llegó. Su jefe no estaba todavía. Rendido, pero satisfecho, dejó su artículo bajo sobre, en el que escribió en letras rojas y grandes: URGENTE. Hecho lo cual, regreso a su habitación y durmióse a pierna suelta.

★

Y aquí concluimos por donde debimos comenzar. Alejo, el repórter de marras, acababa de llegar de la capital carioca, donde fuera a festejar una "acertada" a la quiniela. De regreso, observó al extraño personaje, que viajaba en su misma categoría, tan semejante a alguien que él recordaba sin poder precisar de dónde. El fuerte de nuestro reporter no fué nunca la filosofía; mas, como preguntando se va a Roma, pronto averiguó que se llamaba Arturo Schopenhauer. Sacó su libretita enciclopédica, donde tenía anotados los nombres de las celebridades y las obras principales que habían escrito. Se informó y dió un salto. Al desembarcar, no perdió un segundo de vista a Schopenhaeur, pero lo fué siguiendo de lejos. De ninguna manera quería que el pensador se hiciera cargo de que era seguido. De tal modo, los soliloquios del filósofo, el diálogo con la policía, todo en fin, excepto la pelea con el agente, fué en el relato que antecede, limpiamente producto de la imaginación del periodista.

Júzguese de su asombro, cuando por la tarde, al levantarse apresuradamente para saborear su triunfo, no halló su artículo en las columnas de CRITICA. Desesperado buscó hasta entre los avisos; y, por fin, perdida entre el fárrago de noticias policiales, leyó estas escuetas líneas: "Un hombre, que tiene, al parecer, las facultades mentales alteradas, agredió esta mañana a un agente en la plaza del Congreso, quien le indicara que no estaba permitido dormir en los bancos. El presunto demente se halla alojado en un calabozo de la comisaría sexta. Dice llamarse Arturo Schopenhauer, aunque desde luego, nada tiene que ver con el ilustre filósofo desaparecido hace años".

Alejo se quedó aielado. ¡Schopenhauer estaba muerto! "¡Tableau"!

Sólo pudo librarle de una cesantía fulgurante el hecho de que su jefe director, fugaz apadrinado de la suerte, había tenido, como él, un pálpito afortunado...

ENRIQUE PUGA SABATE

La Rara Vida de Mercurio

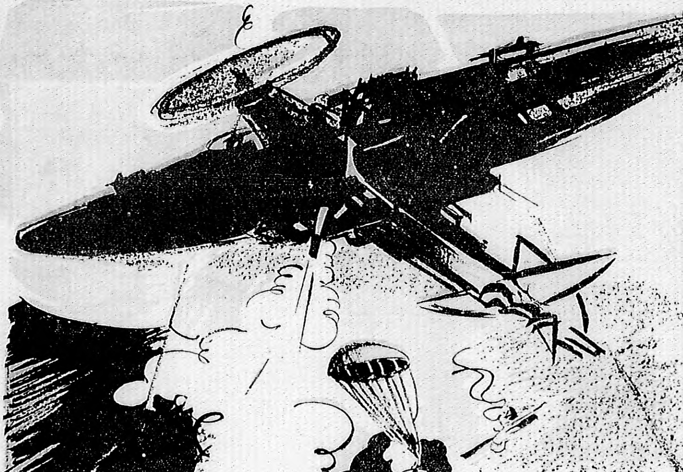
QUIEN va a imaginar, que a poca distancia de nosotros, hay mundos —Mercurio ya es uno de ellos— que presentan hoy nuestra vida de mañana, nuestra nueva faz de civilización, nada envidiable por cierto, que nos espera a la vuel- la esquina, es decir, en un día muy próximo, del que ya bramos atontados los primeros albores?

Nede envidiable, hemos dicho? No se precisa ser gran ob- dor para preverlo; antes bien, podemos decir que ha prin- o. En Europa empiezan a ser realidad las calles subterrá- ¿Sabéis lo que significa eso? Deteneos un momento en re- nar. La habitación del hombre, es decir, nuestras ciudades y, están formadas por casas, palacios, edificios varios, menos magníficos. Esos bienes inmuebles, orgullo y ri- de una civilización milenaria, van a perder todo valor na, por un motivo bien sencillo, que sin embargo nadie e a ser el primero en reconocer y en encarar. Este motivo or singular ironía, una triunfal y fatigosa conquista: el do- del aire.

Hombres de alta autoridad, que ven lejos y claro en lo fu- , ya han pintado lo que será la inexorable realidad de una rra —guerra esencialmente aérea— a partir de ahora; vale ir, la vida de superficie de un entero país reducida a es- tosa ruina y escombros humeántes: la catástrofe de la Mar- ica reproducida artificialmente con infernal arte y eficiencia, rro, gas, fuego; todo aplanado. El tiempo pasa pronto. ¿Vuel- a construir, tarde o temprano? Vuelta a arrasar, tarde o mprano. Después de cierto tiempo nadie más, ni casas ni hom- res, nadie más se sentirá seguro sobre el suelo, e instintivamente se buscará el subsuelo. El reino de la inseguridad, de la zozobra, de la intranquilidad, la vida de superficie, va a acabar fatalmente, por fuerza de las cosas, como por fuerza de gravedad cae del árbol la fruta madura. Diríase, pues, que los hados hayan decretado que a la conquista de los libres espacios, a la conquista del cielo por el hombre deba corresponder una simétricamente inversa conquista de la tierra, de las entrañas de la tierra. ¿Penetración par arriba? Y entonces penetración para abajo. ¿Los vértigos de la altura? Y los vértigos de la profundidad. Junto con el reino de Urano, se desenmascara el de Plutón. Golpe de escena.

El habitat del hombre ha cambiado de lugar. Ha bajado. Ya no hay sol, sino luz eléctrica, y otras nuevas luces artificiales, pues los descubrimientos no paran. Máquinas, inventos, adelantos, pero bajo tierra. El reino de los topos perfeccionado; tal será fatalmente la vida de mañana: el pleno dominio del aire, y desde allí la facilidad increíble de ofensa y destrucción de todo lo que esté debajo, harán primero insegura, y luego imposible toda vida de superficie, siempre a total merced, en cualquier momento, de la última cafetera que se eleve a surcar el aire. Llegará el momento en que se plantee el dilema de la desesperación: "O desocupar el aire, o desocupar el suelo". Y como hoy día lo primero es ya moralmente imposible, y lo será más y más, lo que se va a verificar es lo segundo. Como si lo estáramos viendo.

De la vida subterránea de Mercurio hablaremos en su lugar. Ante todo veamos su situación en el espacio, y en relación a la hornalla solar. El mundo de Mercurio es un verdadero suburbio del Sol. Se halla constantemente como pegado al Sol, y da vuelta alrededor de él como uno de esos bichos alados que giran enloquecidos alrededor de la llama, hasta caerle adentro. La imagen de Mercurio evoca esa locura de toda bestia con alas, locura irresistible hacia el intenso resplandor, hacia la luz que es como la esencia mismo de la creación. Alrededor de los islotes con faro, el mar está sembrado de cadáveres de pájaros que, pese a sus alas poderosas como toda ala de pájaro marino, han caído rendidos, fulminados de fatiga, ¿por qué?, por la



insensata, inexplicable necesidad que tuvieron de correr, de inseguir perdidamente el haz de luz proyectado kilométricamente, sobre las negras aguas, en la negra noche, por el faro giratorio, haz de luz al que naturalmente la distancia más y más grande imprimía una velocidad espantosa, superior a todas las fuerzas de los pobres volátiles que sin embargo no cejaban hasta caerse muertos.

La velocidad con que Mercurio gira alrededor del Sol es algo fantástico. Es cuarenta y ocho veces superior a la velocidad de una bala de cañón: del cañón más poderoso, el del proyectil cuya velocidad inicial sea de un kilómetro cada segundo. Mercurio recorre 48 kilómetros por segundo. Pero ¿cómo es posible que siendo animado de tan vertiginosa velocidad Mercurio se nos aparezca inmóvil? Este enigma en apariencia inexplicable puede ser resuelto fácil y llanamente con un razonamiento muy sencillo. La lanceta más larga, el minutero de mi reloj recorre toda la circunferencia en una hora. Sin embargo, si se mira en cualquier momento al minutero, éste aparece inmóvil. Supongamos ahora un reloj igual de aspecto, pero inmensamente más grande, es decir, que tenga, en lugar de una circunferencia de diez o doce centímetros, una circunferencia de tres mil seiscientos millones de kilómetros; ya que estamos en camino, hagamos las cosas en grande. Esa circunferencia (3.600.000.000 kilómetros en lugar de 10 centímetros), es recorrida por el minutero en una hora. Del mismo modo que en el ejemplo anterior, el minutero en cualquier momento que sea mirado aparecerá inmóvil, justamente mientras está marchando a la tremenda velocidad de un millón de kilómetros por segundo, pues justamente 3.600 (tres mil seiscientos) segundos tiene una hora.

Todo es relativo, y la tortuga puede ser más veloz que el pie veloz Aquiles. Nuestra misma inmovilidad es una ilusión, pues sabemos que la Tierra es como un buque velocísimo que nos transporta a través de los espacios. La descabellada carrera de Mercurio hace que su giro entero alrededor del Sol, que para nosotros no requiere menos de 365 días, acabe en 88 días. Como Mercurio es, más bien que un astro, un apéndice, un suburbio del Sol, es natural que esté casi siempre perdido en la inmensa irradiación luminosa del grande astro del día; pero cuando éste se pone, e inmediatamente después, o cuando se levanta, e inmediatamente antes, es posible ver a simple vista a Mercurio, como ahora, pues su separación aparente del Sol, o sea su elongación a la puesta de éste, es ahora la más grande de todo el año 1933.

Con más suerte que Copérnico, la vista de Mercurio en las épocas propicias nos resulta relativamente fácil. Hay que tener presente que Copérnico no tenía anteojos; pues con éstos es posible ver a Mercurio en pleno día, cuando el Sol está alto en el cielo. Y en pleno día lo estudian los astrónomos, que ocultos bajo la cúpula de su observatorio pueden enfocarlo en cualquier momento. Verdad es que la observación telescópica de Mercurio no se puede hacer sino con grandes dificultades; sin embargo algo se ha sacado de ella. Con pertinacia heróica, Schiaparelli logró reunir a través de muchas y penosas observaciones un conjunto de manchas, conjunto muy modesto a decir verdad, que se parece a una E mayúscula.

Cosa curiosa: En la Luna se encuentran parecidos humanos, y en los planetas parecidos alfabéticos. En Venus se puede vislumbrar cerca del cuerno austral algo parecido a una F; el mapa de Mercurio se parece a una E con varios accesorios y en Marte se pueden ver a veces con grande evidencia una gigantesca V en la Sirtis Mayor, o una O en Elisium, u otra O alrededor de Hellas. Júpiter y Saturno se presentan trajeados a rayas como los presidiarios de Ushuaia; Urano y Neptuno tienen manchas indefinidas, y Plutón está a tan inmensa distancia de nosotros que lo vemos en los más poderosos telescopios no más que como un punto luminoso, y gracias. Los materiales de que está formado el globo de Mercurio son los más densos de todo el sostema solar.

Huelga decir que, hallándose Mercurio a tan poca distancia del Sol, sus habitantes, si los hay, deben tener mucho parecido con la salamandra de la leyenda, que vivía en el fuego. Si es verdad que el infierno es el mundo del fuego, con toda seguridad que ese mundo es Mercurio. Pues cuando nos llegue el turno y Minos nos lance al gran castigo encontraremos allá a muchos conocidos. Razón de más para que aumente el interés para equel mundo extraño y las raras condiciones de vida en él.

por
SAGITARIO

Las configuraciones del suelo de Mercurio a que hemos aludido más arriba, observadas tenazmente durante mucho tiempo, han revelado una cosa muy curiosa: Mercurio da vuelta alrededor del Sol *presentándole siempre la misma cara*. Es decir, que la mitad del globo de Mercurio está constantemente inundada de sol y que mantiene en toda la superficie una temperatura de hornalla, al paso que la otra mitad está eternamente sumergida en la obscuridad y por consiguiente sitiada por el frío del "cero absoluto" que es el frío de los espacios interplanetarios.

En ambos casos la vida no puede aguantar a la superficie del planeta y tiene que refugiarse en el subsuelo. Sólo allí puede sustraerse a la devastación general, a la destrucción de la superficie. Ello nos recuerda incidentalmente que en la catástrofe volcánica de la Martinica, en toda la destrucción por el fuego de la ciudad de Saint Pierre hasta ras del suelo, una sola persona quedó con vida porque en aquel momento estaba encerrada en un calabozo subterráneo. Era un negro, condenado a muerte, que fué libertado e indultado. El capricho del inexorable acaso quiso que la única persona que estaba segura de la muerte sobreviviera a las que, a unos cuantos metros arriba de su cabeza, estaban seguras de la vida.

Pintoresca de Rafael "El Divino Calvo"

por
José María Coco

Ilustración de
Pedro de Rojas

...ia
...lle
...d a
... de
...882?
...tanto
...?...
...simien-
...idao" la
...Gómez el
...osísimo en

...Virgen del
...gecilla aisla-
...iñas las "de-
... el "acontesi-
...rreda. ¡Un hijo
...¡Un hijo de la
...e la gitana más
... de "toa" Sevi-
...jo y machazo!
...la tarde del 16 de
...2 vino al mundo pa-
... é la turomaquia"
...lo y Ortega, el "Ga-

★

...ntaban frente a la casa
...nos "greñuos".

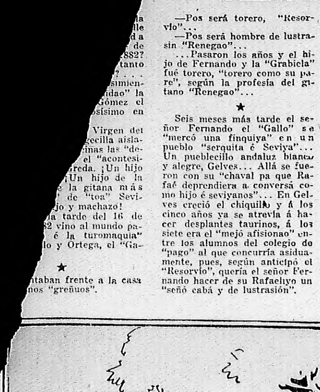
—Pos será torero, "Resorvio"...

—Pos será hombre de lustrasin "Renegao"...

...Pasaron los años y el hijo de Fernando y la "Grabiela" fué torero, "torero como su pare", según la profesía del gitano "Renegao"...

★

Seis meses más tarde el señor Fernando el "Gallo" se "mercó una finquiya" en un pueblo "serquita é Seviya"... Un pueblecillo andaluz blanco y alegre, Gelves... Allá se fueron con su "chaval pa que Rafaé deprendiera a conversá como hijo é seviyanos"... En Gelves creció el chiquillo y á los cinco años ya se atrevía á hacer desplantes taurinos, á los siete era el "mejó afisionao" entre los alumnos del colegio de "pago" al que concurría asiduamente, pues, según anticipó el "Resorvio", quería el señor Fernando hacer de su Rafaeliyo un "señó cabá y de lustrasión".





RAFAEL GOMEZ (EL GALLO)

—¿Qué será er niño?...

—¿Qué quies tú que sea?... Pos torero, como su pare...

—Oye, "Resorvio" — dice un gitano al otro — Tú no sabes ná... no estás intiriorisao é las intimidaes der matrimonio y no "chanelas" ná del asunto... Yo pueo hablá porque é sentío desi al mismo pare, á Fernando, que á su primogénito lo quié destiná pa las difieurtaes de la ilustrasión y la curtura.

—Caya... asauron... no le pongas ya nombresitos ar "chavea"... ¡mira que decirle primorgénito!... ¿Te parece bonito nombre pa un torero?...

—¡No veis ustés!... Eso es la "noransia" que se quie tragelá á la curtura... Lo de primorgénito no quié disi un nombre determinao; asín se yama en la sensia de los meicos ar "chavaliyo" que sale por delante...

—¡Osú!... Eso es buscarle difieurtaes á los consetos... Nosotros le juimos á la difieurtá... Pero er "chavea" será torero, torero como su paresito.

—Allá vusotros... Er señó Fernando lo quié distiná á dortó en melesina, ó á ingeniero, ó á procuraó... Ya le han dao á él bastantes dolorsiyos los cuernos pa que su hijo sea torero...

A los ocho años le "salía a Rafaé Gómez la afisión taurina po arriba é la sesera"... Una tarde se enfrentó con su padre y le dijo:

—Pare... Yo quiero a toreá...

—¿Qué dices niño... atorea? Esos son cosas pá los hombres... Tú ar colegio, á deprendé curtura... Ná de toreo... ¿Tú has oío, Grabiela?... ¡A toreá!... Te vi á dá un gorpe que se te va á quitá la afisión pá los restos...

—Pare — insiste el niño — Yo quiero a toreá... déjeme usté de complicasiones y de laberintos... Yo quió sé torero como usté...

—¿Como yo?... Como yo no hay naide... Güeno, te voy a dividí la afisión. Toma este capotiyo... Ahora voy a jase enserrá en er corrá un beserrete y lo vas a toreá alante é mí... Como no te arrimes y hagas cosiyas güenas te voy a echá á rodá po er mundo... ¿Ves esa carretera?... Pos por ayí te vas a dí a buscá er cosido...

El señor Fernando llama a un "aperaó"... Le da órdenes.

—Ascucha, Manué... Er niño quié ser torero y me tié que demostrá ahora si tié o no tié "maera"... Apártale un toriyo, un beserrete senificante y traelo pa er corraliyo, y... traeme á mí un capote pa librarlo por si acaso...

Rafaeliyo creció tres palmos en un minuto... "¡No era való el haber conferensiao con su pare de cuestiones de toros!" Rafaeliyo se sintió héroe... juguetcaba con el trapillo rojo... adoptaba posturas taurinas... "Ahora verá mi pare toa la sarsa que tengo"... Y... llegó el beserrete, lo metieron en el corralillo y ordenó el señor Fernando:

—¡Niño, vamos... á demostrá á tú pare la calidá!...

Salió Rafael decidido en busca del torillo... Le hervía la sangre... Gritó con su vocecita ¡juy, toro! y el becerrete se arrancó por derecho. El niño afirmó sus pies, esperó un instante, vió acercarse rapido a aquel animalito inofensivo, pequeño que á él "le parecio más arto que la Girarda"... Lo citó con el trapo rojo, lo "dejó liegar" como un maestro, un pase, dos... un adorno... otro y otro... El torete quedó á su lado quieto, dominado por el arte y la audacia del "chavea"...

—¡Grabiela! — gritó el padre —Ven... observa al niño... ¡Osú!... ¡Qué tío!... ¡Olé mi Rafaé!... Ven que te como a besos... ¡Mi niño, mi Rafaeliyo!... ¿Has orservao, Manué?... Esto es la esensia taurina... ¡Mi hijo!...

—¿Qué pasa pare?... — dice el niño —. Si esto es el arfabeto... Si lo que he jecho no es ná... si yo quió se mu grande...

★

Unos años se pasó Rafael encerrado en un colegio sevillano. Ya lo dijo su padre "no está reñía la tauromaquia con la educasión y hasta que cresca un poqueyo y tengas facurtaes ties que soportá y a luego veremos si continúas con afisión y con... riñones".

No tenía Rafael trece anos y "le hervía la sangre en ansias de comerse a los toros. Por aquel tiempo "salieron pegando duro" dos toritos de Córdoba que formaron la "Cuadrilla de Niños Cordobeses". Eran dichos toreros dos impúberes que ostentaban los nombres de Rafael Molina, "Lagartijo", sobrino de su famoso homónimo el "Califa", y Rafael González Madrid, Machaquito", un niño rabioso y valiente que se dejaba estropear la pechera de la camisa con los afilados pitones del toro cada vez que salía a la plaza.

¡Sevilla no podía tolerar aquel "desplante" de Córdoba!... No era posible. Había que "largá una pareja de niños pa que deprendieran respeto los de Córdoba". Dos niños valientes y con "jechuras"... Y, se acordaron los aficionados de que Fernando el Gallo tenía un niño "mu bien plantao que le echaba seis toneliás de való y arte a los toros".

Formóse la "Cuadrilla de Niños Sevillanos" con "Gallito" y "Revertito" en calidad de matadores, y en el año 1897 se presentaron en Barcelona con un éxito clamoroso, r e c o r r i e n d o después, de triunfo en triunfo todas las plazas españolas.

Ya tenía Sevilla su pareja de "niños".

Rafael Gómez toreó como novillero hasta el año 1902, que recibió la alternativa de manos de Emilio Torres, "Bombita".

La habitación de un hotel de la Avenida de Mayo. Allí, en el tercer piso está "El Gallo". Me espera "pa conferensiá". Lo hallo acostado, dominado por "esa pereja gitana que lo ha perseguido siempre". Sobre la almohada blanca se destaca su rostro aceitunado. De su cuello pende una cadena con medallitas de la Macarena, "er Señó de er gran Poé", la "Virgensita é la Paloma" y otras imágenes veneradas por el "astro" taurino. La camiseta, de seda oclor rosa fuerte, permite adivinar una musculatura de atleta. "El Gallo" fuma con displicencia un enorme cigarro y larga el humo "pa er sielo". Me habla.

—Oye, José, vamos á echá un ratito é conversasión. Te voy a contá argunos pisodios de mi vía... Pisodios taurinos y grasiosos... Ná de custiones íntimas que á naide le interesan más que ar protagonista prensipá. Las intimidaes del hogá y los dolores der corasón pa uno solo... ¿no te parese?... Pos vamos á comensá... Te voy á contá un pisodio con mucho salero y te vas á jartá de reí... Güeno... Tú habrás oío arguna ...ioná mi casa de la Ala... en Seviya?... ...ero diesinue... ...on mi faml... ...ni probesito pare... Yo ganaba los duros por quintales contratao siempre pa las mejores fiestas de toros, pero he tenío por herensia távica de argún antepasao rumboso un bujeriyo en la mano por ande se me ha ido la fortuna... Este defertiyo lo conocían los probes de Sevilla y argunos se abusaban de mí como de una inosente donsella... Me recuerdo de un gitano grasioso que se presentaba to los sábaos ar mediodía en la cansela é mi casa.

—¿Se pué pasá, Rafaé? — me decía er gachó.

—Alante, Curro. Mi casa y mi borsa están siempre abiertas pa los probes y los nesesitaos... ¿Qué se t'ofrese?...

—Por mira, Rafaé... Una disgrasia con mu mala sombra —me desía yorando —. Una disgrasia familiá... Mi probesita mare que s'ha muerto anoche...

—Y... ¿en qué pueo servirte, Curro?...

—Tú, que eres el Arcange San Grabié de los probes, me ties que fasilitá unos duros... Na, una senificansia... dies duros, Rafaé...

Si no es más que "eso"... arreglao... Toma los dies duros y lamentó er doló... Toma...

Yo — sigue el "Gallo" — le daba er dinero y er gitano salía rajando... Así repetía la suerte to los sábaos hasta que yo un día le dije:

—¿Pero, ¿qué t'as pensao, asaura?... No es que á mí me duelan sincuenta pesetas toas las semanas. Lo que me duele es que pueas suponé que he perdío la memoria...... ¿Por qué matas a tu probe mare to los sábaos?... ¿No lo pués cambiá por otro é la familia?... Y er tío aquel con mucha grasia me dise: No pueo, Rafaé, a mi probesito pare lo mato pa sacarle duros toas las semanas á un señorito de la caye la Sierpe...

★

—To er mundo sabe — continúa el "Gallo" — que yo he sido un torero de primera. Esto no se pué negá y yo no me voy a jasé el hipócrita y voy á desí sandeses. Yo he sío en er toreo argo mu elevao. Pero ahora te contaré un relato que no le jise en jamás a dengún perioista der universo... Tú habrás oío conversá sobre mis fracasos, sobre mis selebérrimas "espantás", pos allá vá er secreto de mis "espantás" y er secreto de mi indiferensia cuando el público se metía con mi presona... Yo, José, soy artista, pero artista é corazón, artista de mu adentro. Yo he tenío que sentí ante er toro la ispirasión para jasé con é toas las cosas que en er mismo istante me se venían ar serebro... Fíjate una comparasión pa aclará este conseto...

Supongo que tú habrás sentío de nombre a Julio Romeo e Torres ca sío er pintó más selebre de la humanidá... Pos a Julito Romero le acontesía lo mesmito que a mí. Muchas veses Julio, que era mi gran amigo, me yevaba con él a su estudio é pintó. Yo yegaba, me tendía en una tomana y orservaba a Julio. El se ponía su blusiya blanca, toa churretosa de pintura, cogía la paleta y los pinseles y se daba unos pascitos po alredeor del tallé... Argunas veses se iba como un rayo hasta er lienso y comensaba a pintá y pintá horas y horas hasta que me desía: "Vete Rafaé, que tengo ispirasion y no cargo de acá ni atao por los seviles. Yo me najaba y allá se quedaba Julio pintando. Otras veses Julio se daba sietesientos paseos alredeor de la tela blanca y cada dos horas daba una pinselada senificante, una sola, y me desía: "Vamos pa la caye. No tengo hoy ange pá pintá"... Pero, tú sabes lo que valía aqueya pinselá?... ¡Pos miyones, ná más que miyones!...

—Yo —sigue Rafael— he sío lo mesmito que Julio Romero. Ca uno en su arte... He sentío argunas tardes frente ar toro la ispirasión y he acabao en una hora con to los toreros, naide se pué compará conmigo... Otras veses no he tenío ispirasión y he salío corriendo, me he tirao ar cayejón de cabesa, he dao tresientas "espantás" y se han yevao er toro vivo pa los corrales... Pero, si en una tarde de fracaso jasía argo, era como una pinselá de Julio Romero, arte, arte puro... Se me ha discutío tanto como a la política, he saboreao los triunfos mayores a que pueda aspirá un mortá, he salío de la plasa en hombros de la murtitú unas veses, en hombros hasta mi casa, gritándome aquellos miles de almas las palabras más delicás der disionario, y otras veses he salío de la plasa rodeao de guardias siviles pa defendé mi presona de las iras de la gente... Así he sío siempre... No fuí jamás un torero vurgá, uno de esos que se cuergan de las astas pá presumí de való y se van después pa el hospitá o ar sementerio. No, yo he sío y soy artista y nunca he pensao que sea arte el dejarse matar por un toro... Eso é suicidio... Lo mío es toreo...

★

—Ya te he dicho que a mí se me discutía en tos los terrenos, pero me contrataban de toas las plasas y anunsiá mi nombre en los carteles era enyená er sirco taurino hasta er tejao... Una tarde, en Madri, allá por el año 1908, vi salí por la puerta e los toriles un toro de Carbajá mu bien plantao y bravísimo. Yo me dije pa adentro de mi persona: "Amos, Rafaé, este toro se presta pa aser lusimiento, hay que demostrá que eres er mejó torero y ná más". Me corren el toro mis banderiyeros y yo lo orservo. No me había equivocao, era un toro con toas las condisiones pa que yo armara la gran revolusión. Me voy, desidíao, a los medios de plasa. Me jinco de rodiyas, lo sito, se me arranca y empesé a jasé cosas con él hasta jartarme... La gente bramaba... Le puse aluego cuatro pares de banderiyas. Lo atoreé de muleta y con tó mi arte y le metí la espá por el hoyo de las agujas... Cayó er toro, que era el úrtimo de aqueya corría, se echó er público al redondel y abrieron la puerta grande de la plaza de Madrí y salí en hombros de los entusiastas hasta la fonda...

★

—No me quiero dar importansia... Lo que he sío ya lo sabe er mundo. He tenío también los fracasos más grandes en la historia der toreo. En San Sebastián, por ejemplo, en sinco años seguíos y me esperaban en la estasión más de tres mil personas pa... lincharme. Grasias a que er señó gobernaó mandaba un piquete de la guardia siví de a cabayo pá que arrodeara mi coche hasta yegá al hoté. También al ir y volvé de la plasa é toros iba arrodeao de guardias siviles. Yo les desía a los de mi cuadriya: "Fijarse, chicos; voy por San Sebastián como er rey de España... escoltao". Hasta que una tarde salió un toro pa mi lusimiento y les jise orviá en quinse minutos toa la inquina y la rabia de sinco años...

—También he tenío más cornás graves... No creas que tó han sío flores... En Madrí me dió un cornalón un toro de Miura que fartó er canto de un duro pa morirme. Fué un descuío, argo paresío a lo que susedió a mi hermano Joselito en Talavera, donde, por confiao, me lo mató un toro marrajo de la ganadería de Ortega... ¡Pobre oJsé!.. ¡Qué torero enorme y de facurtaes!..

Dèspués tuve otras graves. Una horrible en er pecho me dió un toro en Argesiras, otra en Méjico, en fin, muchas... pa que digan los partidarios de otros toreros que er Gayo no ha sío castigao... Mira estas sicatrises... Cuenta... Catorce cornás graves... ¿Qué querían los greñuos?... ¿Que me dejara matá pa darles complasensia?... Y es que muchos no pudieron soportá lo que ellos disen "er orguyo de Rafaé"... No es ni ha sío orguyo. Ha sío consiensia de la profesión... Yo, por ejemplo, resivía en el despacho de mi casa en la Alamea, en Seviya, un dibujo en colores que jiso Roberto Domingo, que me reprodusía en una tarde fatá: Mientras los mansos se yevaban mi toro ar corrá, yo liaba con tranquilidá la muleta. Eso era er cuadro... Otros toreros, también José mi hermano, ersivían cuadros de sus triunfos... Yo de mis fracasos, y a eso le desían "el orguyo de Rafaé"...

★

—Estas discrepansias c... afisión y otras cuestiones... mas, que no hay por qué ... sioná, me yegaron a fatigá el espíritu, y una tarde de setiembre de 1928, al salí... reá una corrida en la ... Barselona, me dije: "... te pa Güenos Aire... estoy. He triunfa... gún torero, he cob... querío, carculo ... ni dies séntimos ... nato... Hay ... Güenos Aires, ... liá... ¿Qué ... un mortá ...

Hoy, Gran Mitin en la Selva

LA acción de esta drama animal se desarrolla en plena selva africana. La escenografía representa un vasto cementerio de elefantes, donde se realizará la magna asamblea de bestias convocada para el día de hoy.

El director artístico de la obra podrá sembrar de osamentas, ad libitum, el piso del escenario.

Al levantarse el telón, la escena está vacía.

De tiempo en tiempo llega a oídos del espectador el ruido de los motores de las bañaderas que conducen a los turistas a través del territorio o el ronronear de las máquinas de varios cameramen que filman los exteriores para una nueva película terrorífica de Boris Karloff o el estruendo de una jazz que viene a entrenarse a Africa para después dar color localista a una boite de moda.

Segundos después de haberse alzado el trapo, entra a escena un elefante, se acuesta y se muere.

En seguida deja oír su voz el altoparlante que se supone instalado en el centro de la selva.

SPEAKER. — Buenos días, buena presa y buen apetito, amables oyentes. ¡No consuman carne humana!; es indigesta. Escucharán a continuación la versión sinfónica del tango "Servímelo con cucharita". (*Música*).

(*Música*).

(*Entra a escena, arrastrando lánguidamente la cola, el León*).

SPEAKER. — Hemos transmitido música argentina inspirada en una composición de Chopin. La empresa de turismo "Dígalo viajando" comunica a los leones y tigres del grupo "A", que deberán encontrarse en el bosque "R" a las 15, hora en que se concentrará en el mencionado punto un grupo de turistas yanquis. Se ruega a los señores leones y tigres hacer uso de sus mejores rugidos.

TIGRE. — (*Bien enojado*). ¡Ya estoy afónico de chillar para los señores turistas! (*Se sienta y cruza pata sobre pata*).

SPEAKER. — Y ahora, amables radioescuchas, daremos comienzo a nuestro curso de impostación de la voz, para la mejor emisión del rugido. Esta clase estará a cargo de la eminente novelista y psicóloga Miss Smith.

LEON. — (*Entrando*). ¡Lindo no más! ¡Ahora resulta que nos plantan a una urraca ante el micrófono para que nos haga trabajar en horas extras!

TIGRE. — ¡Será necesario hacer intervenir el sindicato! ¡Fuera de las ocho horas reglamentarias, yo no rujo!

LEON. — (*Sarcástico*). ¿¡El sindicato!? (*Ríe*). ¡Grrr, grrr, grrr...! (*Con misterio*) Todos sus miembros están vendidos a la carnaza imperialista.

TIGRE. — ¡Oh, no!

LEON. — ¡Sí! Y es por eso que yo, el León, el rey de la selva, como dicen los hombres, he citado para hoy, en este lugar, a todas las bestias del bosque.

TIGRE. — Se me hace difícil que vengan. También nosotros, los animales, carecemos de espíritu de clase.

LEON. — Ya he mandado a la cotorra a que recorra los ámbitos del bosque desparramando la noticia. Dentro de pocos instan... leopardo asaltará la broad... (*Displicente*) Le he dado ...anca para que mastique a ... a la momia esa de la ...a. (*Enérgico*) En ese mis... momento los micos poblarán ...a de chillidos. ¡Será la se... Verás entonces si hay o no solidaridad entre los vertebrados incivilizados.

TIGRE. — Todo está en silencio. Hasta la Miss ha callado...

(*Pausa.*)

LEON. — Estoy nervioso como cuando conocí a mi mujer..

(*Silencio*).

TIGRE. — (*Con acento de añoranza*) ¿Podremos volver a deglutir algún día carne de bímano?

LEON. — En el mundo de los hombres se dice que el ansia de reivindicaciones lleva a la revolución. Y nosotros, ¡ansiamos tanto...!

TIGRE. —¡Callemos! El cocotero tapa ya al Sol.

LEON. — Un poco más y oiremos mascar al leopardo.

TIGRE. — Será música grata a nuestros oídos. (*Silencio. Recriminatorio, al León*). ¡Tú no eres buen amigo!

LEON. — ¡Nunca te he arrebatado una pieza de entre las fauces!

... Pero has mandado ...regodearse con los ...novelista. . ...ra ese menester ... un comilón y no ...uestro común ami... ...a ese ser vertical sin ...omar el gusto de su ...n esta ocasión es ne... ...r la urgencia. En ...te daré oportuni... ...ejidos frescos y ... movimientos ...eristálticos de ...dizan! ...nos a callar. ...do... ... — (*Por el mi-* ...

... leen mis libros en que describo los rugidos cual trueno y los zarpazos como rayos cuando oigan vuestros gritos anémicos y vean vuestro andar pachorriento y jailaife? Para terminar, algunos alariditos como para entrar en calor y estar listos para la hora del trabajo. A la una, a las dos, y, a, las, tres: ¡Grrrr!...

TIGRE. — ¿Es él?

LEON. — Aún no.

MISS SMITH. — ¡Grrr, grrrr!

LEOPARDO. — (*Por el micrófono*). — ¡Grrr!...

LEON. — ¡Es él, es él!

LEOPARDO y MISS SMITH. — (*Rugen a dúo*).

LEON. — ¡Tiemblo! ¿Quién se come a quién?

TIGRE. — ¿Acaso ella sería capaz de...?

LEON. — No creo. ¡Su dentadura es postiza!

TIGRE. — ¿Qué pasará? El monerío calla.

LEOPARDO. —(*Por el altoparlante. Con asco*). ¡Puah! Sesenta por ciento de huesos, treinta de relleno de algodón y el resto de carne fibrosa e insulsa... ¡Pufff!...

(*Los Monos estallan en una gran batahola*).

COTORRA. — (*Llega volando*). ¡El leopardito comió su papita! ¡Qué rica la papita del leopardito! ¡Hoy, hoy gran mitin en la selva, hoy!

LEON. — ¡El instante se acerca! Me siento como un párvulo antes de tomar la primera comunión. (*Pausa*) ¿Oyes? ¡Ya están llegando!

COTORRA. —¡Uy! ¡Avanzan! ¡Y vienen en fila de hombres!

LEON. — Lo mejor del reino animal acudirá a la magna cita.

COTORRA. — Al frente marcha el cocodrilo. Le siguen la tortuga, una jirafa, el pavo real, un asno y el borrego.

TIGRE. — ¡Valiente caterva de tontos!

LEON. — Cuanto más tontos, ¡mejor! Engrosarán las filas del oficialismo.

COTORRA. — Por el lado donde el día se apaga llegan el rinoceronte, el lobo, un tapir, el zorrino, una yegua, el elefante y una punta de bicharracos chicos.

LEON. — Esa será la oposición. (*Ruge paseándose con aire de tenor de lírica de barrio*) ¿Cómo estoy de voz?

TIGRE. — ¡Magnífico! ¡Imponente!

LEON. — Será necesario que me imponga de entrada...

(*Silenciosamente van entrando los animales. Toman ubicación sobre los laterales, el primer término y foro, dejando el centro de la escena libre*).

LEON. — (*De patas sobre un tronco. Con aire marcial y voz tonante*) Declaro abierta la asamblea y la asamblea me declara electo su presidente. (*Ruge fuerte*). ¿Hay oposición?

(*Murmullos*)

LEON. — Procederemos ahora a elegir secretario.

TIGRE. — (*Al oído del León*) Doy los votos del sector de los feroces por el cargo...

LEON. — ¡Silencio! (*Carraspea*) Por unanimidad la asamblea ha nombrado secretario al Tigre. (*Este se ubica frente a la presidencia*).

COTORRA. — ¡Que hable el secretario!

LEON. — ¡Silencio! (*Carraspea*) Señores: debemos acabar de una buena vez con el hombre...

TODOS. — ¡Abajo el hombre!

ELEFANTE. — (*Llorando a lágrima viva*). ¡Buh, buh, buh!

TIGRE. — ¿Qué pasa?

ELEFANTE. — (*Junto al cadáver del paquidermo*) ¡Era mi abuelito! ¡Buh, buh, buh...!

COTORRA. — ¡Pobrecito el abuelito del elefantito! ¡Buh, buh, buh...!

LEON. — (*Impresionante*). — Pido a la honorable asamblea se ponga de pata en homenaje al caído.

TODOS. — ¡Que se vote, que se vote!

LEON. — Señor secretario: ¡que se llame a plebiscito!

TIGRE. — Honestos asambleístas: un elefante, un hermano, ha muerto. Tenemos que rendirle el testimonio de nuestra admiración y respeto. La presidencia propone:

Artículo 1o. — Que la Gran Asamblea de Bestias se ponga de pata en su honor.

Artículo 2o. — Comuníquese, publíquese y archívese.

Los que estén por la afirmativa, que levanten los hocicos.

(*Afirmativa*).

LEON. — Ruego a las humanitarias bestias se sirvan cumplir con el decreto.

(*Se cumple*).

LEON. — ¿Ha muerto algún pariente de otro compañero? (*Nadie contesta*) Volvamos a la orden del día. Señores: la presidencia se hace un deber en declarar...

VIBORA. — (*Emergiendo de entre unos yuyos hace oír ese ruido característico que constituyó el éxito del film "Si yo tuviera un millón"*).

LEON. — Señor secretario: ¡Haga usted sonar la campana de alarma!

TIGRE. — (*Estupefacto*) — No tenemos...

VIBORA. — (*Hace oír su cascabel*).

LEON. — ¿Quién se atreve a faltar al respeto a S. E. la presidencia?

VIBORA. — ¡Yo! (*Repta hasta el sitial*) Pido la palabra: ¡Animales!...

LEON. — Ruego a la víbora se sirva no faltar al respeto a los vertebrados.

VIBORA. — (*Recalcando*) ¡Señores animales! (*Murmullos de satisfacción*) Ha habido aquí una verdadera usurpación de poderes.

LEON. — Qué pretende usted insinuar?

VIBORA. — ¡Que hubo fraude!

TODOS. — (*En coro*). ¡Fraude! ¡¡Fraude!! ¡¡¡Fraude!!!

VIBORA. — ¡Que hubo un despojo vergonzoso, un descarado pisoteo de los derechos cívicos!

LEON. — Pido a las bestias se sirvan no olvidar mi condición de animal más explotado.

VIBORA. — ¡Miente! ¡Ese soy yo! Durante veinte años he servido de reptil al servicio de un encantador de serpientes...

LEON. — (*Imponente*) Señores: (*silencio*). ¡Soy el león de la Metro - Goldwyn - Mayer (*Silencio absoluto*).

VIBORA. — ¡Es un alarde ridículo! ¡Todos hemos sido proletarios del hombre!

YEGUA. — ¡Bien dicho! Pido a la Honorable Asamblea no deje de lado a la humilde raza caballar.

ASNO. — Se ha mancillado mi nombre adjudicando mis cualidades a un 50 o|o de los hombres...

ZORRO. — Y de la otra mitad se dice tiene semejanza conmigo.

CEBRA. — De mi piel salió el traje pijama.

URRACA. — Hasta el León menospreció mi figura al compararla con la de la cotorra de jaula de la impostadora.

COTORRA. — ¡Insultos no!, ¿eh? De hablar habría que decir que usted es más mujer que urraca...

URRACA. — ¿¡Mujer yo!? ¡Uyyy! (*Le da un patatús*).

VIBORA. — (*Ocupa el sitial de la presidencia y hace sonar sus cascabeles. Se restablece la calma*) ¡Todos tienen razón, todos! No se discuten aquí los sacrificios de cada uno de ustedes. Lo que está sobre el tapete es el sentimiento dictatorial del León.

LEON. — ¡Protesto! ¡No soy comunista, tampoco fascista y menos monárquico: ¡soy un demócrata!

VIBORA. — ¡Aleluya! ¡El rey de la selva reniega de su sangre azul!

LEON. — La Metro-Goldwyn necesitaba una testa real para su affiche, y me coronó. Yo no soy más que un pobre animal explotado.

VIBORA. — ¡Hipocresías! El hacerse el chiquito forma parte de su plan hitlerista.

CHIVO. — ¿Nazis, antisemitas en la selva?

TODOS. — ¡Nazis! ¡¡Antisemitas!! ¡¡¡Nazis!!!

LEON. — ¡Mentiras! No tengo vinculación alguna con los nacionalsocialistas. Quiero ser vuestro jefe, vuestro conductor, porque sé de las debilidades de los animales y de la fuerza de los hombres. Soy una víctima de la standardización, de la mecanización y de los tecnócratas. Me llevaron a Hollywood, sacaron veinte metros de copia fotográfica de mi cuerpo, grabaron un cilindro de cera con mi voz y, mientras mi imagen y mi acento pasaron a ser características comerciales para cientos, miles, millones de metros de celuloide, mi cuerpo y mi voz han vuelto a la jungla a cubrirse de olvido.

VIBORA. — ¡Gajes de la gloria!

CHIVO. — (*Insinuante, al León*) ¿Le pagaron los derechos?

VIBORA. — Ruego a los cocodrilos contengan el raudal de lágrimas que el discurso sentimental del León les ha provocado.

Ruego al democrático Rey de la Selva recurra a su aplomo y me escuche Ruego a la asamblea me atienda y sancione.

Señores: Hay algo en que no habéis pensado y ese algo son los animales que no habitan en este rincón. Yo, la Víbora, traigo la representación —y con ella el voto— de los peces de los mares y de los animales de los cuatro continentes que, con este, forman el orbe.

LEON. —(*Desencajado*) ¡Fraude!

VIBORA. — ¡Aquí traigo los papeles!

LEON. — ¡¡Fraude!!

COTORRA. — ¡Que se vote!

TIGRE. — Es inútil. ¡Tienen mayoría!

LEON. — ¡Tienen, eso es, tienen! ¡Ellos, los otros, los desconocidos, los peces de los mares y los animales de los cuatro continentes restantes!

TODOS. — ¡Fraude! ¡¡Fraude!!

LEON. — Y nosotros, nosotros los que sufrimos juntos la tiranía de las empresas de turismo...

TODOS. — ¡Bravo!

LEON. — ...que aguantamos el pestilente olor de la nafta de la Standard Oil...

TODOS. — ¡Bravo!!

LEON. — ...que debemos alimentarnos de carnes sin vitaminas...

TODOS. — ¡¡Bravo!!!

LEON. — ...nosotros debemos dejar perecer nuestra independencia...

VIBORA. — (*Interrumpiendo*) ¿Independencia? ¿Qué independencia? El Reino Animal es uno y todos los animales son sus súbditos. Todos, menos el hombre. ¿A qué viene ahora ese espíritu de separatismo?

LEON. — ¡No puede ser que otros nos gobiernen!

VIBORA. — (*Sarcástica*) Queréis decir que no puede ser que otro que vos gobierne...

LEON. — Con juegos de palabras no se ganan elecciones.

ZORRO. — ¡Qué poco conocéis al mundo!

BURRO. — Llevamos una hora deliberando y no sabemos de qué se trata.

VARIOS. — (*Gritando*) ¡Que digan de qué se trata!

VARIOS. — (*Impacientes*) ¡Que se vote!

VIBORA. — (*Al Tigre*) Para hacer tiempo, pase lista.

TIGRE. — (*Comienza a leer*).

LEON. — (*A la Víbora*) ¿Qué me oferta?

VIBORA. — Yo nada... Usted me insinuó que...

LEON. — Necesito mantener mi cetro. Ya estoy viejo y desdentado. ¡Usted haría un gran primer ministro!

VIBORA. — ¿La cancillería y la autoridad para mí?

LEON. — Eso digo.

VIBORA. — ¿La corona y los honores para vos?

LEON. — Eso digo.

VIBORA. — ¿Reparto equitativo en los negocios?

LEON. — Eso digo.

VIBORA. — Señor secretario,

TIGRE. — Estamos en el inciso "a" de la primera parte de la orden del día. Dice así; (*lee*) "Elección de presidente".

YEGUA. — ¿Y a qué tanto discutir? ¡Votemos!

TODOS. — ¡Que se vote!

VIBORA. — (*Al León, en voz baja*) Os propongo un arreglo.

LEON. — Lo mismo digo.

TIGRE. — (*Oye que gritan*). ¡Contubernios, no!

VIBORA. — (*Al Tigre*) Escuchad... Tal vez os convenga...

TIGRE. — (*Claudicando*) ¡Todo sea por la causa común!

interrumpí vuestra lectura. Honorable Asamblea, atención; Hace un momento hice uso de mi dialéctica para fustigar al León...

TODOS. — ¡Abajo el León!

VIBORA. — ... pero ahora debo deciros honradamente que esa actitud ha sido producto de una momentánea ofuscación.

VARIOS. — ¡Viva el León!

OTROS. — ¡Abajo el León!

VIBORA. — El verdadero, el único, el legítimo conductor de vuestros destinos, es el León, el Rey de la Selva

TODOS. — ¡Viva el León!

VIBORA. — Por ello es que lo propongo para que la Honorable Asamblea lo designe su presidente.

TODOS. — ¡Viva el Rey de la Selva!

LEON. — (*Conmovido*) ¡Gracias, vasallos míos, gracias! El agitado sístole-diástole de mi corazón me impide traduciros en palabras mi emoción. ¡Gracias!...

TIGRE. — ¡Viva el Rey de la Selva!

TODOS. — ¡Loor, loor, loor!

VIBORA. — Pueblo: traductor fiel de los sentimientos de la voluntad de nuestro monarca, sean ahora mis palabras las que os guíen.

LEON. — (*Estupefacto*) ¡Cómo!...

TIGRE. — ¡Pst! ¡Silencio! (*Con respeto*) ¡Habla el Primer Ministro!

TODOS. — ¡Hurra!

VIBORA. — (*Al León*) Vos, dormid vuestra siesta. (*A todos*) Seré yo quien os conduzca hacia el ideal.

YEGUA. — ¿Ideal?

BURRO. — ¿Qué ideal?

JIRAFA. — ¿Cuál ideal?

VIBORA. — El ideal común, el anhelo de todos: ¡el exterminio del hombre!

TIGRE. — (*Leyendo*) Entramos en el inciso "B" de la primera parte de la orden del día: La muerte del ser perpendicular.

TODOS. — ¡Muerte! ¡¡Muerte!! ¡¡¡Muerte!!!

VIBORA. — ¡Eso, eso es lo que necesitamos! Unanimidad de criterio para con el criterio de los gobernantes. Y yo, gobierno, proclamo: ¡Guerra al hombre!

TODOS. — ¡Guerra! ¡Muerte! ¡Guerra!

VIBORA. — Nada de palabras: ¡A la acción! ¡Avancen! ¡Copen sus posiciones, obstruyan los bosques desde el "A" hasta el "Z", envenenen sus aguas, desangren, trituren, consuman sus cuerpos! ¡Avancen!

TIGRE. — ¿Iremos todos?

TODOS. — ¡Todos!

VIBORA. — ¡Iremos como un solo animal!

TODOS. — ¡Sí, como uno solo!

VIBORA. — Y cuando ellos se conviertan en bolos alimenticios, cuando de sus cuerpos no queden más que huesos secos al sol, seremos los dueños.

TIGRE. — ¡Libertaremos a nuestros hermanos de los zoos!

LEON. — (*Levantándose*) Pueblo: (*Silencio absoluto*) Afilen sus zarpas los carniceros, agudicen sus colmillos los reptiles, preparen sus picos los rapaces. ¡Llegó la hora de la reivindicación! ¡Adelante!

(*Nadie se mueve. Pausa*).

RATON. — Pero... ¿quién le pone el cascabel al gato?

(*Silencio*)

VIBORA. — Nosotros, el Rey, su Primer Ministro y el Secretario dirigiremos desde aquí vuestras acciones. (*Con desprendimiento*). ¡Ni tocaremos vuestro botín! La conquista os pertenece.

(*Pausa. Todos permanecen inmóviles*).

LEON. — (*A Todos*) ¿Y?

TIGRE. — (*Idem*) ¿Y?

UNOS. — ¡Avancemos!

OTROS. — ¿Qué esperan?

TIGRE. — ¡Adelante...

LEON. — ...Contra...

VIBORA. — ...El...

TIGRE. — ...¡Hombre!

TODOS. — ¡Adelante contra el hombre! ¡A. C. E. H.! ¡A. C. E. H.! (*Comienzan a salir*).

TIGRE. — ¡Rujan, rujan ahora!

LEON. — ¡Grrrr, grrrr! ¡Si me oyeran ahora los de la Metro Goldwyn Mayer!...

UNOS. — (*Lejos*) ¡A. C. E. H.! ¡A. C. E. H.!

TIGRE. — ¡Adelante .

LEON. — ...Contra...

VIBORA. — ...El...

TIGRE. — ... Hombre!

(*De pronto, todos callan. Un zumbido llena la atmósfera*).

VIBORA. — ¡Cielos! ¡Conectaron el micrófono!

(*Una voz, voz humana, puebla la escena desde el altoparlante*).

SPEAKER. — Reanudamos nuestra transmisión...

LEOPARDO. — ¡Maldición! Omití comerme a ese insecto.

SPEAKER. — (*Continuando*) ...momentáneamente interrumpida por la desaparición de Miss Smith (*Melancólico*). ¡Que su cuerpo sea nutritivo y su alma repose en paz!

LEOPARDO. — ¡Dios te oiga!

SPEAKER. — ...ahora en nombre de la empresa de turismo "Dígalo Viajando" debo comunicar a los animales que tenemos conocimiento de su sublevación.

TODOS. — ¡Oh!...

SPEAKER. — Somos magnánimos. No os castigaremos.

VIBORA. — ¡Puah! ¡Magnánimos!... ¡Muera! (*En grito de guerra*) ¡A. C. E. H.!

(*Nadie contesta. Las bestias que ya habían salido, vuelven a llenar el cementerio*).

SPEAKER. — Seguimos los movimientos de cada uno de ustedes. Sabemos que el León...

LEON. — ¡No; yo no! ¡Ella! (*Por la víbora*).

VIBORA. — ¡Miedo, miedo al hombre! ¡Cobarde!

SPEAKER. — Que el Tigre le secunda.

TIGRE. — ¡Me instigó!

SPEAKER. — Que la Víbora le apoya.

LEON. — ¡Es verdad!

SPEAKER. — Pero seremos magnánimos. Vuelvan todos a sus puestos. Los turistas os esperan a las 15, trabajad con el entusiasmo de siempre y se os premiará.

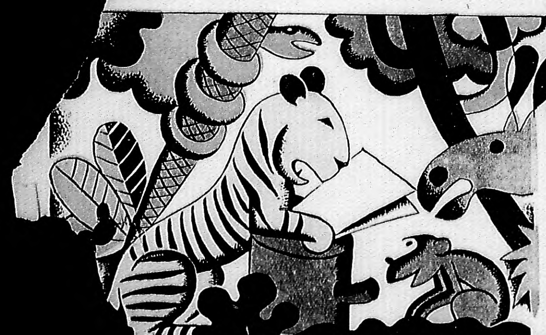
(*Los animales se miran; ninguno quiere ser el primero en romper el complot*).

SPEAKER. — Y aquí está Miss Jhonson, la eminente folletinista que tendrá a su cargo los cursos que hasta ahora dictaba Miss Smith, Q. E. P. D.

MISS JHONSON. — Leoncitos, tigrecitos, asnos, lobitos, jirafas, zorros, caballitos y todos los que me escucháis aquí estoy para enseñaros y conduciros por la senda del trabajo, del bienestar, la honradez y, si es posible, de la civilización. El leoncito rugirá; el caballito relinchará, la vaca mugirá. Todos juntitos dirán conmigo su palabra de bienvenida a la nueva maestrita ¿A ver? (*Silencio*) ¡Vamos!...

(*Todos, estáticos, abren la boca, [illegible] tal como Miss Smith lo había descripto y ellos nunca pudieron aprender*).

[illegible] cae el telón





Por

MICHE[illegible] JACO[illegible]Y

IL[illegible]ACION DE [illegible]



Cómo se hace un Monstruo

...Y surgía en Bahía el anacoreta sombrío, con el cabello crecido hasta los hombros, la barba inculta y larga; el rostro cadavérico, iluminado por una mirada fulgurante; monstruoso, dentro del hábito azul, de brin americano; apoyado al clásico bordón en que afirman su tardo paso los peregrinos...

Se desconoce su existencia durante tan largo período. Un viejo criollo, detenido en Canudos en los últimos días de la campaña, algo me dijo a su respecto, pero vagamente, sin precisar fechas, sin pormenores característicos. Conociérale en los sertones de Pernambuco, uno o dos años después de su partida de Crato. De las palabras de este testigo, deduje que Antonio Maciel, joven aún, impresionaba ya vivamente la imaginación de los sertaneros. Aparecía por aquellos lugares sin destino fijo, errante. Nada revelaba sobre su pasado. Hablaba con frases breves o raros monosílabos. Andaba sin rumbo cierto, de un apeadero a otro, indiferente a la vida y a los peligros, alimentándose apenas y ocasionalmente, durmiendo al relente, a la vera de los caminos, en una penitencia prolongada y ruda...

Tornóse pronto en algo de fantástico o embrujado para aquellas gentes simples. Al acercarse a las ranchadas de los troperos aquel viejo singular, de poco más de treinta años, cesaban los contrapuntos y las guitarras alegres enmudecían.

Era natural. Surgía escuálido y macerado, dentro del hábito escurrido, sin relieves, mudo como una sombra, de las chapadas pobladas de duendes...

Pasaba buscando otros lugares, dejando absortos a los lugareños supersticiosos y crédulos.

Dominábalos, por fin, sin quererlo.

En el seno de una sociedad primitiva que por las cualidades étnicas y la influencia de las santas misiones malévolas, entendía mejor la vida por lo incomprendido de los milagros, su vivir misterioso le rodeó bien pronto de un no vulgar prestigio, agravándole, tal vez, al temperamento delirante. Poco a poco, todo el dominio que, sin cálculo, difundía a su alrededor, parece haber refluido sobre sí mismo.

Todas las conjeturas o leyendas que bien pronto le rodearon, hicieron el ambiente propicio a la germinación del propio desvarío. Su insanía estaba allí, exteriorizada. Se reflejaba en la admiración intensa y en el absoluto respeto que le tornaron tras breve tiempo en árbitro incondicional de todas las divergencias o riñas, en consejero obligado de todas las decisiones. La multitud ahorrábale la indagación torturante acerca de su propio estado emotivo, el esfuerzo de aquellas interrogativas angustiosas y de aquella introspección delirante, entre los cuales evoluciona la locura en los cerebros agitados. Volvía a modelarle a su imagen. Creábalo. Ampliábalo desmesuradamente, la vida, lanzándolo dentro de los errores de dos mil años.

Y el evangelizador surgió, monstruoso, pero autómata.

Aquel dominador fué un títere. Obró pasivamente, como una sombra. Pero ésta condensaba el oscurantismo de tres razas.

Y tanto creció, que se proyectó en la Historia...

De los sertones de Pernambuco pasó a los de Sergipe, apareciendo en la ciudad de Itabaiana, en 1874.

Allí llegó, como en todas partes, desconocido y sospechoso, impresionado por su vestimenta rara: un camisón azul, sin entalle, sombrero de alas anchas, caídas, y sandalias. A la espalda un sarrón de cuero en el que llevaba papel, pluma y tintero, la "Misión Abreviada" y las "Horas Marianas".

Vivía de limosnas, de las cuales rehusaba cualquier exceso, postulando apenas el sustento de cada día. Buscaba los apeaderos solitarios. No aceptaba lecho alguno que no fuera una tabla pelada y, a falta de ésta, el duro suelo.

Así deambuló largo tiempo, hasta aparecer en los sertones, al Norte de Bahía. Fuéle creciendo el prestigio. Ya no seguía solo. Seguíanle en la ruta sin rumbo los primeros adeptos. No los llamaba. Llegábanle espontáneamente, felices de pasar con él los mismos días de privaciones y miserias. Eran, por lo general, gente ínfima y sospechosa, reacia al trabajo, farándula de vencidos de la vida, avezada en la vagancia y la rapiña.

Uno de los adeptos cargaba con el templo único, entonces, de la religión minúscula y naciente: un nicho tosco, de cedro, encerrando la imagen de Cristo.

En las paradas, por los caminos, sujetábanle al tronco de un árbol y, genuflexos, rezaban. Entraban con él, triunfantemente, a los villorrios y poblados, en medio de un coro de letanías.

Así se presentó el Consejero, en 1876, en la villa de Itapicurú de Cima. Disfrutaba ya de una gran popularidad.

Lo dice un documento expresivo publicado aquel año, en la capital del Imperio.

"Apareció en el sertón del norte un individuo que dice llamarse Antonio Conselheiro, y que ejerce gran influencia en el espíritu de las clases populares, sirviéndose de su exterior misterioso y hábitos ascéticos, con los que se impone a la ignorancia y a la simplicidad. Dejóse crecer la barba y el cabello, viste una túnica de algodón y se alimenta tenuemente, pareciendo casi una momia. Seguido de dos profesas, se pasa rezando rosarios y letanías, y predicando y dando consejos a las multitudes que reúne, donde los párrocos le permiten, y moviendo sentimientos religiosos, va arrebañando el pueblo y guiándolo a su antojo. Revela ser un hombre inteligente, pero sin cultura".

Estos decires, rigurosamente verídicos, de un anuario impreso a centenares de leguas de distancia, delatan bien a las claras la fama que alcanzara.

Mientras tanto, la villa de Itapicurú estuvo a punto de ser el cierre de su carrera extraordinaria. Fué allí, aquel mismo año, que en medio del espanto de los fieles, inopinadamente, fuera preso. Determinó la prisión una falsedad que su manera de vivir excepcional y los antiguos desórdenes domésticos, en cierto modo, justificaban: decíanle asesino de su mujer y de su propia madre.

Era una leyenda que ponía los pelos de punta.

Contaban que, ésta, abominando a la nuera, se propuso perderla. Revelara, por eso, a su hijo, que era engañado, y como éste, sorprendido, le exigiera pruebas de la falta, se propuso presentárselas sin mayor demora. Le aconsejó que pretextase un viaje cualquiera, permaneciendo, sin embargo, en acecho, en los alrededores, porque vería, por la noche, invadir su hogar el seductor que le deshonrara. Aceptado el arbitrio, el infeliz, cabalgando y distanciándose cerca de media legua, volvió luego la grupa, regresando furtivamente, por atajos poco frecuentados, a un escondite adrede escogido, desde donde pudiera observar bien y proceder rápidamente.

Allí permaneció largas horas, hasta entrever, en efecto, alta la noche ya, que un bulto se aproximaba a la vivienda. Vióle allegarse sigilosamente y saltar por una de las ventanas. Y no le dió tiempo para entrar. Le derribó de un tiro.

Irrumpió en seguida, de un salto, en el hogar, y con una nueva descarga fulminó a la esposa infiel, adormecida.

Volvió luego para reconocer al hombre que matara, y vió, con indescriptible espanto, que era su propia madre disfrazada de aquella manera para la consecución de su diabólico plan.

Huyó, entonces, inmediatamente, horrorizado, enloquecido, abandonándolo todo, al acaso, sertón adentro...

La imaginación popular, como se ve, empezaba a novelarle la vida, con un trazo vigoroso de originalidad trágica.

Como quiera que sea, sin embargo, lo cierto es que, en 1876, la represión legal le alcanzó cuando ya se había ultimado la evolución de su espíritu, sumergido del todo en el sueño del que jamás había de despertar.

El asceta repuntaba, de una sola pieza, de la rudeza disciplinaria de quince años de penitencia. Se perfeccionaba en aquel aprendizaje de martirios que tanto preconizan viejos luminares de la Iglesia. Venía de la experiencia brutal del hambre, de la sed, de las fatigas, de las angustias sofocadas y de las miserias profundas. No tenía dolores desconocidos. Su epidermis seca arrugábasele como una coraza abollada y rota sobre las carnes muertas.

Muchas veces se asemaba a la muerte de lso ayunos prolongados, con un lujo de ascetismo que sorprendería a Tertuliano, aquel sombrío propagandista de la eliminación lenta de la materia, "descargándose de su sangre, fardo pesado e importuno del alma impaciente por huir...

por

Euclides Da Cunha

★

Ilustración de

Rechain

Para quien se encontraba en este aprendizaje de amarguras, aquella orden de prisión era un incidente sin la menor importancia. La recibió con indiferencia. Se opuso a que los fieles le defendieran. Entregóse. Le llevaron a la capital de Bahía. Allí, su extraña fisonomía — faz muerta, rígida, como una máscara, sin mirada y vestimenta singularísima, y su aspecto repugnante, de desenterrado, dentro del camisón largo, como una mortaja negra, y los largos cabellos lacios y polvorientos cayéndole sobre los hombros, enmarañada entre los pelos duros de la barba descuidada que le caía hasta la cintura, acicatearon la curiosidad general.

Pasó por las calles en medio de imprecaciones y persignaciones de los creyentes asustados y beatas transidas de miedo.

La interrogaron los jueces estupefactos.

Le acusaban de viejos crímenes, cometidos en el terruño natal. Oyó el interrogatorio y las acusaciones, y no murmuró siquiera, revestido de una impasibilidad de mármol.

La escolta que lo trajera — se supo después — le apaleaba cobardemente en los caminos. No formuló la más leve queja.

Permaneció en la indiferencia superior de un estoico.

Apenas — y este detalle curioso lo oímos de personas insospechables — el día del embarque para Ceara pidió a las autoridades que le librasen de la curiosidad pública, la única cosa que lo avergonzaba.

Llegando a la tierra natal, reconocida la improcedencia de la denuncia, fué puesto en libertad. Y, en el mismo año, reaparece en Bahía entre los discípulos que lo aguardaban siempre.

Este regreso, coincidiendo, según afirman, con el día que prefijara al ser detenido, adquirió contornos de milagro.

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

★

En la sección Notas Sociales o Motas Sociales de un papiro doctrinista y madrugador, perteneciente al domingo veintiuno de enero, comentando las actividades de ciertas damas y obispos en el desplayado marplatense, se informaba:

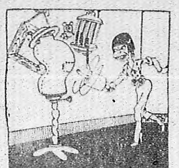
En ocasión de realizarse mañana los festejos del día del pescador, instituído por la comisión de Damas Vicentinas, que preside Da. Elisa Alvear de Bosch, se celebrarán diversos actos. Por la mañana se rezará una misa en la iglesia de la Sagrada Familia, ubicada en el puerto. Terminada esta ceremonia, se servirá un desayuno a las familias de los pescadores en el patio del colegio, siendo atendidas por las señoras:

Elisa Alvear de Bosch, Elvira Bonorino Udaondo de Sojo, María Eloísa Obejero de Berisso, Adela Atucha de Gramajo, Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, Sofía Pérez de Madero, Marta Unzué de Blaquier, Magdalena Bosch Alvear de Figueroa, Guillermina Oliveira César de Wilde, Teodolina Bosch Alvear de Santamarina, Hercilia Cabral Hunter de Anchorena, Helvecia Antonini de Cortejarena, Elvira Pérez de Cranwell, Carmen Marcó del Pont de Rodríguez Larreta, Mercedes Marín de Bosch, Mercedes Avellaneda de Dellepiane, Ema Gallotti de Sojo, Angélica Elía de Estrada y las Srtas. Ana, Elisa y Elvira Udaondo.

A mediodía se efectuará una colecta en la rambla y en las playas, tarea que estará a cargo de un grupo de señoritas, y por la tarde se realizará una procesión que llegará hasta el puerto, donde el obispo de Cuyo, monseñor Orzali, bendecirá las aguas, las lanchas y los peces. Por la noche se efectuará en la dársena de pescadores la fiesta veneciana que hemos anunciado.

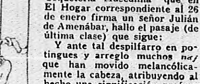
Es indudable que el desayuno servido por las aristocráticas fámulas ha de obtener un éxito rotundo. Ya me las imagino a Teodolita Huntley y Palmers disparar entre toda la servidumbre con un churro atrás de la oreja para obsequiar a un distinguido mojarrista; a Coquimbo Chaiselongue de Díaz Araca hacer maravillas con la nata y el caracolillo para satisfacer las ansias alimenticias del Rengo Banana o del Pardo Flores en su apogeo, y en general a la comisión de damas sirvientinas corriendo de la sala al comedor para dar con el paradero de una cucharita de plata sellada desaparecida en el fragor de la contienda entre buzos, balleneros y otros miembros de la sagrada familia.

También resultará pintoresca la colecta que el grupo de se-



ñoritas efectuará en las playas al mediodía. Según se dice, la recolección de mariscos, algas marinas, resaca, juncos, estalactitas y materias extrañas, va a sobrepasar en mucho a lo obtenido en otras batidas similares.

Con lo único que no estoy de acuerdo es con eso de la bendición de los peces. ¿Qué se pretende con esa medida? ¿Arruinar la industria pesquera dándole ánimos al pez espada, al bagre sapo y al filet de pejerrey? Urge que la comisión de damas solicite los servicios de un brujo adecuado para que maldiga, excomulgue y hechice al pato almeja, la raya eléctrica, el caviar y otros desoves, si no quieren que dentro de poco la fauna marina se haga presente en nuestra vida hogareña y ciudadana, introduciéndose por la canilla del agua caliente, infiltrándose en el filtro, obstruyendo los desagües, imposibilitando el cuentagotas y llenando de escamas el altillo y el jardín de infantes.



En un artículo titulado "La Coquetería Masculina" que en El Hogar correspondiente al 26 de enero firma un señor Julián de Amenábar, hallo el pasaje (de última clase) que sigue:

Y ante tal despilfarro en potingues y arreglo muchos nos que han movido melancólicamente la cabeza, atribuyendo al hecho una significación profunda, viendo en ello un signo de los tiempos, alabando las épocas remotas y heroicas en que el hombre — fuerte y audaz — olía a cuero y a sudor de caballo y a carne cruda.

Tiene razón el señor Amenábar, pocas son las personas en la actualidad que pueden vanagloriarse de un penetrante olor a cuero cabelludo o cuero de Rusia y que logran interesar por sus emanaciones equinocciales y su inconfundible aroma a carne cruda. Al señor Amenábar, que con seguridad es uno de los pocos crudos que aun persisten, debe resultarle repulsiva la presencia de los neo dandies que voltean con su tufo a huevos poché, a puchero de gallina, a matambre arrollado, a butifarra frita y a otras variaciones de sus sahumerios maravillosos. Dice más adelante Don Julián de Amenábar:

Dandies han sido, entre nosotros, don Benigno Ocampo, Manuel Quintana, Mansilla; dandy fué Barbey D'Aurevilly, Pedro Tellez Girón, duque de Osuna, Balzac, Eduardo VII, Roberto de Montesquiou, el hermoso Brumel.

A pesar de la aseveración del informante, creo que pocas veces el duque de Osuna, Balzac, el hermoso Brumel (a quien seguramente confundió el articulista con el horroroso Kümmel) y demás personajes citados, han pernoctado mucho tiempo en suelo argentino. Agrega después:

De éstos y de otros mostraré la traza, tratando de que su retrato se anime de un poco del encanto que a la vida supieron otorgarle estos aristócratas del gusto que son siempre dandies, gasten levita, armadura o toga.

Que una persona logre gastar una levita y hasta una toga, puedo aceptarlo, pero que llegue a gastar una armadura, me parece excesivo. Ni aunque la cepille con Puloil, la planche con papel de lija y la cuelgue con piedra pómez.

Refiriéndose al cafiolo vidalita que se llamó Benigno Ocampo, expresa Amenábar, moro de la morería:

Pero claro está que don Benigno — como todo el que ha encerrado en fronteras de cris-



tal o de acero su naturaleza humana (que es en tantos puntos naturaleza animal) — tenía un desahogo de la extravagancia, de las pasiones contenidas, de los apetitos educados: el cuello.

Es de lamentar que el articulista no haya encerrado su naturaleza humana en fronteras de cristal o de acero, así por lo menos nos hubiera evitado el forjarnos una idea equivocada sobre las pasiones contenidas y los apetitos educados en relación a la lencería, los puños postizos y la camisa a tablas. Amenábar nos refiere luego una anécdota de Don Benigno en una confitería de Mango en la calle Florida, y que termina con las siguientes palabras en boca del high-life Ocampo:

—Arrastraron el coche, empujándolo... escupieron en las alfombras... Es terrible. ¡Hemos pasado de calzar el escarpín de baile a dejar que se nos metan en el salón con bota de potro!

Con seguridad el distinguido orejano en conserva de la anécdota ignoraba que es imposible arrastrar una cosa empujándola, por la misma razón que es imposible tragar una cosa escupiéndola. Sobre la parte final en que se cita el escarpín de baile y la bota de potro, diré solamente que ambas costumbres resultan igualmente chocantes. Si una persona desea utilizar cualquier clase de calzado, lo justo y lo elegante es que utilice un par de zapatillas, de escarpines o de botas y no que se dedique a andar en media de un lado y de zapatería en el otro.



El Nuevo Rico ★ *por H. Rodríguez*







La Oveja Mora

POR

Ilustración de Rechain

Grciela Baliero

★

EL horizonte enrojecido enciende los campos del oeste. Un viento bajo y continuo levanta la arena de los médanos velando la inmensidad de la pampa.

Anochece.

—¿Che, Ramón, qué hora es...? ¡Y tu madre que no llega!

—¿Encerraste los animales?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el "lote de la iglesia".

Como el pueblo era nuevo, sólo tenía nombre lo que iba a ser: Iglesia, escuela, municipalidad y a don Reguna, porque era el más viejo de los pobladores, le habían dado permiso para echar los animales en los lotes del municipio.

Su casa: dos cuartos, un corredor todo techado de cinc y una cocina de material recién hecha. Esta es la obra de mi mujer, decía don Reguna, —golpeando con la mano las paredes frescas, — orgulloso de ser el marido de doña María.

Ahora mostraba la cocina a todo el que caía por ahí, como el año pasado hacía recorrer con minuciosas precauciones el jardincito de malvones y rosas, pero lo que miraba con respeto y sorpresa, era la enredadera de campanillas azules y rosadas que envolvía el alambrado que encerraba la huerta — obra de doña María, también.

Don Reguna estaba preocupado y mas no teniendo a su lado a su mujer. Sentía esa tarde como decía él: "algo que me afloja y tengo que sentarme" lo que no le costaba nada..

—¡Buenas noches, don! — Un hombre a caballo se había parado en la puerta.

¿De dónde venís, Domingo?

De la estación.

¿—Hay novedad?

—Manda decir doña María, que reciencito mañana vendrá.

—¿Qué decís muchacho? y nosotros qué hacemos ahora!

—Y, don, "la rusa" está a los gritos.

—Hijo! traiga mate, pues

Estaba nervioso, era un buen pretexto para matear a su gusto. Doña María le mezquinaba "el vicio".

El viento los hizo entrar a la cocina, porque venía desenvolviendo las nubes que se habían amontonado por la mañana en el horizonte.

La puerta de la cocina se cerró de golpe.

—Me parece que este viento saca agua, dijo Reguna.

—Buena suerte pa la "rusa", dicen que en cuanto afloje la tormenta, don José es padre... ¿Se sirve? — Domingo le ofrece cigarrillos.

—Gracias, bueno le haremos gasto. — Así que don José es el padre, mirá en que lío se ha metido.

Era una noche de vela para todo el pueblo; como en los días que había fútbol, se olvidaban las pequeñeces diarias entre vecinos para formar dos bandos bien unidos.

La vía del tren había partido en dos al pueblo y de cada lado hacía cabecera un almacén.

Para ellos, lo mejor estaba del lado en que vivían: los mejores pastos; los animales más gordos, las mejores muchachas y los más guapos mozos. Y los chismes, saltaban la vía sin descanso...

El bolichero de la izquierda (mirando de donde llega el tren de Buenos Aires), estaba de malhumor porque hacía dos días que su rival y colega de la derecha tenía mucho movimiento en el almacén; sentado en la puerta del suyo veía entrar constantemente gente.

Los dos bandos comadreaban juntos, porque en seguida se supo que "la rusa" había hecho llamar a Doña María —a pesar de que ésta era del lado izquierdo— para que la asistiera en el trance.

Así fué el asombro de Doña María y de los vecinos cuando la llamaron pero, había una razón imperiosa, "la señora" de su bando se había negado a asistirla —siendo ella amiga de Don José— porque se corrían rumores poco decentes: las comadres de uno y otro bando, la habían visto hablando con un extraño.

Don José se enteró del asunto por la negativa de "la señora".

Desde temprano en el "boliche" tomaba vino porque no sabía qué decisión tomar: echarla como le decían sus vecinos, o dejarla en su casa, como decían los vecinos del otro bando.

Don Reguna sacó coraje del susto que tenía encima y le dijo al muchacho: —¿Vamos a tomar unas copas, antes de que se largue a llover?...

Montaron sus caballos y enderezaron al boliche.

Los rumores poco decentes se habían convertido ya en certidumbre y se discutía la paternidad de Don José, con el mismo apasionamiento que el domingo último se discutía un "goal".

El bando de la izquierda quería que el hijo fuese de Don José por contradecir a "la señora" de la derecha y vecina de "la rusa" y el de la derecha quería que se confirmasen las sospechas del extraño (del que decían era moreno, y sólo de noche y de lejos le habían visto) de rabia a que Doña María, buena mujer, había corrido a asistirla.

Doña María, digna como era, no dejó entrar a nadie al cuarto de "la rusa" y cuando nació el chico mandó buscar al marido.

Don José, alcoholizado, lloraba y contaba la felicidad que tenía con su mujer y en seguida gritaba e insultaba a medio mundo.

—Don José, lo buscan.

—¿Quién? ¿Qué hay?

—Don José, Doña María lo llama.

Se puso rojo, de alcohol y rabia y empujaba la mesa como si quisiera atravesarla, con esa insistencia en el gesto del borracho, que encuentra resistencia a lo que se le ocurre.

Claro que había algunos más "frescos" que se entretenían en sacarlo de quicio.

Reguna, al oir que Don José prometía la muerte a unos y otros, le dice, apoyando la mano en su hombro: —¿Pero, amigo, no ha visto en una majada Lincoln nacer una oveja mora?

—¡Tiene razón! Y salió Don José, contentísimo, a abrazar a su mujer.

La lluvia alargaba la noche.

Don Reguna contaba casos y no había uno de los presentes que no conociese varios, en la estancia de Don Fulano, también en la majada de Don Mengano..

Los ánimos se tranquilizaron y más de uno roncaba profundamente.

Amaneció. La vía separaba el pueblo y cada vecina en sus quehaceres y los hombres en el campo.

Reguna le decía a su mujer. "A mí me lo podés decir. ¿de qué color es el chico?"

—Igualito al padre — le contestó Doña María con una voz sin réplica.

—Bueno, me voy a llevar la chata al herrero.

No tenía Reguna mayor curiosidad, pero si le preguntaban en el boliche o la mujer del herrero, que estaría en el taller esperando que él pasara, ¿qué contestaría?

Esta era la intriga de los dos bandos: si era blanco o si era moreno.

Doña María sólo decía: "Es igualito al padre". No la podían sacar de ahí y no se animaban a hacerle más preguntas porque la capacidad de respeto que tenía la guardaban para Doña María, eso sí.

Y ella contestaba así para ser la única, por unos días, naturalmente, que conocía el secreto. Cuando la llamaron había corrido a atender a "la rusa" no sólo porque era "su profesión", sino que, picada por lo que se decía, sería ella la primera en saberlo.

Hay que ver en el campo lo qué significa de prestigio ser el primero en un chisme o en una noticia, pero, también, qué exigencia, cuando le llega el turno de una "desgracia" como les llaman: una hija que se escapa o un hijo que se insolentó y lo echaron o una paliza propinada a su mujer en una borrachera.

¡Cuánto cuidado para que no trascienda, cuánto disimulo!, porque saben que el mismo hambre que tienen ellos con lo que les sucede a otros, esos otros lo tienen con lo que les sucede a ellos. Sin embargo, la vida pegada a la tierra, limpia, y en poco tiempo se olvidan aunque los recuerden siempre, estos sucesos.

Más de una vez mirarán al chico, unos buscando rasgos de Don José, y otros...

"La rusa" dirá: es igualito a su abuelo.

Peloponeso y Jazmín ★ *por Hamlim*

YA SABES¡ TENEMOS QUE REGALARLE UN DINOSAURO A LA REINA.















































